

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN EXTREMADURA

EFEMÉRIDES DE MARZO

1809

BATALLA DE MEDELLÍN



SIN dinero y sin noticias de Soult, José lanzó al duque de Bellune contra Cuesta, por el camino de Toledo á Talavera de la Reina, en que tan práctico se hizo el ilustre mariscal (1).

Llevaba un ejército, si no lo numeroso que se le había prometido, lo mejor organizado que entonces había en España. Eran tres las divisiones de infantería, con 5.000 hombres la del general Ruffin, 6.000 la Villatte y 3.500 la alemana de Leval; en todo 14.500 y 4.200 caballos, 2.400 dragones de la división Latour-Maubourg y 1.800 de la caballería ligera de Lasalle, el mejor general, quizás, que tenía el arma en el ejército imperial. Iban, además, 48 piezas de artillería, *bien servidas*,

(1) Eran continuas las quejas que daba á su hermano por falta de dinero, así como las reclamaciones para que se lo proporcionara. Ya le dice que son 10.000 las familias que no reciben el sueldo que se les debe; ya, que los hospitales no tienen nada de lo más necesario; ya, que tiene que sacar tropas de la guarnición de Madrid por la carestía de los víveres; que el estado de la hacienda es deplorable; que es nulo el comercio, inproductiva la agricultura; que las cajas del ejército están vacías, lo mismo que las del Tesoro público; que la casa de moneda no puede proveer á las necesidades de numerario; que hay que obtenerlo de Francia; que es preciso se le permita lo introducción de ganado vacuno y que no se confisquen las lanas que se exporten; que no hay capitales ni terruño en derredor de la corte, ni se permite la introducción del metálico y los lingotes que se hallan detenidos en Bayona; que el ejército, en fin, y los servicios administrativos necesarios para que opere desahogadamente, exigen recursos que él no puede proporcionar si el Emperador no acude en auxilio suyo.

Estas y cien otras lamentaciones sobre el mismo tema contiene á cada página la correspondencia del rey José. «Si j'avais ed'argent, le contestaba Napoleon, je vous en enverrais volontiers; mais mes dépenses sont immenses.» (Paris 7 Febrero 1809.)

dicen los historiadores franceses, y con excelente ganado que las arrastrara (1).

La primera disposición que tomó el mariscal Víctor, una vez en el terreno de las operaciones y despejada de enemigos toda la derecha del Tajo hasta el Tiétar por los generales Leval y Lasalle, fué la de formar los elementos de un puente junto al de Almaraz, roto el 14 de Marzo por los ingenieros de Cuesta en el momento en que iban á atacarlo los alemanes al apoyo de dos baterías que su general hizo levantarla noche anterior (2).

En la orilla izquierda se encontraba Cuesta, atento á los movimientos que los franceses ejecutáran y observando los dos puentes por donde podían penetrar en Extremadura, el de Almaraz, á su frente, que al fin tuvo que inutilizar, y el del Arzobispo, á su derecha, que conduciría al enemigo á posiciones cuya pérdida iba á poner en peligro su línea general y, lo que era peor, su comunicación única con la capital de la provincia y las Andalucías. Roto el de Almaraz y tranquilo por aquel lado ínterin echaran los franceses el puente de barcas y balsas para cuya construcción encontraban no pocas dificultades la atención del general español habrían de dirigirse á cubrir el del Arzobispo y principalmente las avenidas de los caminos que de él parte á la carretera. Situando su cuartel general en Deleitosa, dirigió cuantas fuerzas le quedaban disponibles hacia esas avenidas, encargando al general Trias que con su division observase cuidadosamente y de cerca el puente de donde era de esperar arrancaríase el principal ataque para envolver la posición de Miravete y despejar de españoles el espacio en que habría de apoyarse la cabeza del nuevo puente en la margen izquierda del Tajo.

El ejército español constaba de cuatro divisiones de infantería; una

(1) Estas son las cifras que se designan en *Victoires, Conquêtes, etc.* Thiers dice que eran 6.000 los caballos y 2.000 los artilleros, ascendiendo el total de combatientes á 23 ó 24.000 hombres.

(2) Mucho se ha criticado la rotura, entonces, del puente de Almaraz, hábilmente restaurado en nuestros días. Tan robusto era el arco roto que, resistiendo las voladuras intentadas, fué necesario descubrirlo desde lo alto á pico y barreno hasta que se derrumbase, no sin arrastrar en su caída á varios de los que trabajaban para arruinarlo. Lástima fué, como dice el conde de Toreno, la destrucción de tamaña grandeza; pero desde la rotura del puente primero del Tíber, hasta la del Esler no hay general que no halla preferido la ruína de tal género de monumentos al sacrificio de sus soldados ó al fracaso de sus operaciones; y el puente de Almaraz fué destrozado en el instante mismo en que lo asaltaba el general Leval. Así es la guerra y esa es una de sus consecuencias.

M. Rocca justifica la roptura con estas palabras. «Este ejército... (el de Extremadura,) había tomado á los franceses el puente de Almaraz, y volado los arcos principales, lo que detenía completamente la marcha de nuestras tropas y nos ponía en la necesidad absoluta de construir un nuevo puente sobre el Tajo, bajo el fuego mismo de los enemigos; porque, aunque poseíamos dos, uno en Talavera y otro en el Arzobispo, los caminos de estos puentes estaban entonces impracticables para la artillería.»

de vanguardia á las órdenes del general Henestrosa; la 1.^a á las del duque del Parque; la segunda á las del general Trias, y la 3.^a á las del marqués de Portago. El total de la infantería se elevaría á unos 14 ó 15.000 hombres; el de la caballería á 2.000, y la artillería consistía en 30 piezas de campaña con 576 artilleros y 84 caballos y mulas (1).

Poco después fué reforzado el ejército con la división de Andalucía, de 3.500 infantes y 200 caballos, mandados por el duque de Alburquerque.

Sus nuevas posiciones eran las siguientes: Henestrosa continuó junto al puente de Almaraz vigilando la construcción del que intentaban echar los enemigos: Trias con su división se situó en Fresnedoso, y el del Parque en Mesas de Ibor con la suya; todos tres apoyados por el general en jefe, establecido, según ya hemos dicho, en la posición central de Deleitosa. Desde ella, así podía bajar al Tajo para, con Henestrosa, impedir el paso de los enemigos por Almaraz y luego, en caso desgraciado, disputarles el puerto de Miravete, como correr sobre su derecha en socorro de las otras divisiones, si el mariscal Víctor se decidía á desembocar por el puente del Arzobispo.

Pero el duque de Bellune supo hacerlo con tal habilidad y tanta energía que desbarató el plan todo del general Cuesta en sólo una jornada, aunque larga, y un combate de posiciones de los demás felices resultados. El día 15 los generales Leval y Lasalle cruzaban el Tajo por el puente de Talavera y, corriéndose por la orilla izquierda, servían el 16 para que el mariscal lo pasase por el puente del Arzobispo con la división Villate, apoyada de cerca por la del general Ruffin. Por esfuerzos que hicieron nuestras tropas ligeras para estorbar la marcha de los franceses á través del Galija y de sus escarpadas márgenes, la división alemana, superándolo todo, avanzó el 17 contra el duque

(1) Véase como se calcula la fuerza del ejército del general Cuesta en alguna obra francesa.

En *Victoires et Conquêtes...* se dice: «El ejército de Cuesta ocupaba las posiciones siguientes: 5.000 hombres que formaban la vanguardia, mandada por D. Juan de Henestrosa, estaban frente á Almaraz; la 1.^a división, á las órdenes del duque del Parque, ocupaba las Mesas de Ibor; la 2.^a, que mandaba D. Francisco Trias, en Fresnedoso, y la 3.^a en Deleitosa con el Cuartel general. Este ejército contaba con 30.000 hombres, 4.000 caballos y 30 piezas de artillería.»

Esto se dice en la página 25 de uno de los tomos de que consta la obra, y en la 29 se estampa con la mayor desenvoltura la frase siguiente: «El 27, reunido ya Alburquerque con Cuesta en Villanueva de la Serena, volvió este último general la mañana siguiente á Medellin con todas sus fuerzas reunidas que entonces se elevaban á 25.000 hombres de infantería, 4.000 caballos y 30 piezas.»

Es decir que, sin haber sufrido sino muy pocas bajas en los choques anteriores y ningún desmembramiento, el ejército de Cuesta había disminuido en 5.000 hombres y en otros tantos como llevaba el duque de Alburquerque, 3.500 infantes y 200 caballos.

Por lo demás, nuestras cifras están sacadas de datos oficiales bien compulsados, y en el apéndice núm. 9, puede verse el cuadro de la fuerza de artillería, copia del existente en el Ministerio de la Guerra.

del Parque situado en la izquierda del Ibor con sus 5.000 hombres y seis piezas de campaña, allí arrastradas á fuerza de un trabajo increíble por sendas y terreno verdaderamente impracticables. Leval necesitó esfuerzos que sólo el estímulo y el amor propio nacional podían exigir á los alemanes, puestos como de vanguardia en una jornada tan penosa y sangrienta. Porque nuestros ágiles soldados, á cubierto del fuego enemigo en las escarpadas y locas sinuosidades que cubren la izquierda del Ibor, los inundaban con el suyo. El que, además, les hacían las seis piezas, hábilmente dirigido por los artilleros del duque, causaba al enemigo muchas bajas y entorpecía su marcha; de modo que el combate se hizo obstinado, largo y muy sangriento. Hubo, con todo, el del Parque de ir el 18 abandonando palmo á palmo el terreno y cinco de la seis piezas; que, si difícil había sido el establecerlas con tiempo y sin las preocupaciones de un combate, fué imposible el retirarlas, por lo que fueron precipitadas á un barranco de que no podría sacarlas el enemigo (1).

En su retirada á Deleitosa, donde se le reunió por la noche del mismo día 18 el general Trías con su fuerza, aún fué el duque resistiendo, distinguiéndose en ella los guardias españoles y los walonas que, al apoyo de la artillería y del regimiento de Jaen que regía siempre en primera fila D. José de Zayas, hicieron tan costoso el avance de los alemanes que, mucho después, guardaban memoria de la obstinada resistencia de los nuestros en los ásperos ramales y contrafuertes de las Villuercas. De haberse preparado tan soberbias posiciones con obras de campaña y auxiliándose á sus defensores con las fuerzas que Cuesta dirigía equivocadamente á Miravete, el enemigo hubiera tenido que retroceder, quizás, como en su expedición del mes anterior por aquel mismo terreno (2).

Las pérdidas habían sido considerables en tan continuo y porfiado combatir; pero pocas veces también se ha elogiado con más justicia la conducta de aquellas tropas, abrumadas por el número y la pericia

(1) Debieron ser cuatro las precipitadas, porque en la hoja de servicios de D. Diego Entrena, se dice que protegió con dos piezas la retirada de la infantería hasta Mesas de Ibor.

(2) Thiers dice: «Los alemanes de Leval portándose como dignos aliados de los franceses, á cuya vista peleaban, llegaron en el otro lado del Tajo frente á alturas difíciles de escalar, donde la destreza de los infantes españoles y su valor, tan tenaz cuando se veían protegidos por obstáculos materiales, les ofrecían gran ventaja.» Sin embargo, en una carta, interceptada poco después y que publicó el *Semanario Patriótico*, se decía que la división alemana estaba casi aniquilada, terminando así: «Esto hace ver la conducta é infernal economía con que los franceses reservan sus tropas exponiendo á las aliadas, y lo que padecieron en Extremadura.» Pero á fé que la carta sería de algún alemán descontentadizo.

de sus enemigos, cuya victoria les salió bien cara, aun cuando, por lo mismo, más gloriosa y de resultados.

De resultados, sí, de grandes resultados; porque, si bien en un principio creyó el general Cuesta conveniente llevar aquellas tropas á Miravete, suponiendo equivocadamente que en Almaraz y no sobre su flanco derecho estaba el verdadero peligro, bien pronto conoció su error y hubo de emprender la retirada á Trujillo, marchando de noche y á toda prisa para no verse cortado en el camino.

El riesgo era tan grande y evidente que no sabemos cómo no lo comprendió antes el veterano general, cuya experiencia en aquella guerra parece le debía haber hecho más cauto en sus operaciones contra enemigos tan hábiles y emprendedores. Pensar que, por ver á su frente la masa casi total de la artillería enemiga y los puentes preparados para suplir la falta del de Almaraz, con el aparatoso alarde, además, de fuerzas y simulacros de ataque, lógicos en tales casos, irían los franceses á arriesgar una acción, á todas luces temeraria, como la del paso del Tajo ante posiciones formidables ocupadas por fuerzas y artillería muy numerosas, era realmente cándido ya que no primitivo y torpe en los sistemas, sobre todo, de la guerra moderna. Bien podían los franceses observar los obstáculos que tenían á la vista, el paso de un río caudaloso, márgenes escarpadas, cubiertas de enemigos, cumbres coronadas de cañones y lo numeroso de la vanguardia establecida en ellas, y en lo alto del tortuoso camino que debían seguir, la idea, en fin de que no lejos camparía el grueso de las reservas y el cuartel general del ejército que iba á disputarles tránsito tan importante. ¿Cómo, pues, un mariscal Víctor, el caudillo maniobrero de Espinosa y de Uclés, iría á cometer error tan craso como el de atacar de cara las encumbradas y difíciles posiciones de Miravete?

El general Cuesta debió, por consiguiente, volar en socorro del duque del Parque, seguro de que, vencedor con él y con Trías, que se le hubiera unido, nada tendría que temer Henestrosa, general que conocía perfectamente el terreno, valiente á toda prueba, y con 5.000 hombres, algunas piezas y una excelente caballería á sus órdenes, fuerza suficiente para estorbar el paso del Tajo al enemigo.

Una vez colocados los franceses sobre el flanco y aun amenazando cerrar el paso de la carretera, las tropas del general Cuesta hubieron de apresurar la retirada, extendiéndola inmediatamente hasta el Carrascal y Trujillo. Hízose con mucho orden, protegida por la división Henestrosa que cambió su papel cubriendo la retaguardia durante la noche toda del 18 y entrando en la segunda de aquellas poblaciones á las

once del 19, sin haber dejado un sólo soldado á su espalda ni permitido el menor desconcierto. El carácter de Cuesta y el espíritu de las tropas que iban á vanguardia, no desalentadas por vencidas el día antes, lograron que el ejército entero se mostrase hasta con deseo de disputar de nuevo el terreno á sus adversarios.

No convenía á Cuesta, sin embargo, hacerlo en Trujillo, donde podrían encerrarlo sus numerosos enemigos, provistos ya de alguna de la potente artillería que habían hecho cruzar el Tajo al desaparecer los nuestros de sus márgenes. Así es que, evacuada la ciudad de los enfermos, heridos y víveres que allí tenía el ejército, continuó éste el 20 la retirada al puerto de Santa-Cruz, reconocido antes por los ingenieros y dispuesto para ensayar en él un nuevo encuentro con el enemigo. A su retaguardia iba, según acabamos de decir, la caballería de Henestrosa, perseguida tan de cerca por la francesa de Lasalle, que en el desfiladero del Berrocal, largo como de una legua y por donde sigue la carretera á Santa-Cruz, cargó á 40 carabineros del escuadrón de Extremadura, que iban á la rezaga, y los batió y dispersó completamente.

Al otro lado del desfiladero se descubre una llanura, apenas regada por un arroyo, el Magasca, que mueve un molino junto al puente que, para cruzar sus aguas, tiene allí la carretera. Pareció á Henestrosa tan excelente la posición que, formando sus escuadrones de retaguardia en ella, los lanzó á la carga sobre sus perseguidores, escarmentándolos tan reciamente que no volvieron á presentársele á la vista en todo aquel día. De los ginetes españoles, entre los que pelearon de nuevo los carabineros acabados de batir en el desfiladero, fueron á tierra varios, pero causando á los franceses más de 80 bajas y su vencimiento mucho más doloroso para ellos (1).

Aquel choque, sin embargo de ser tan glorioso en último término para la caballería española que, sostenida después por un gran golpe de infantería enviada por Cuesta, no abandonó el campo hasta hora muy avanzada de la noche, no tuvo las proporciones ni la resonancia tampoco del de Miajadas en la tarde del día siguiente. La carga del 20 dejó á Cuesta desembrizado para abandonar sin recelo la posición del puerto de Santa Cruz que creyó insostenible, y la del 21 le libró de la presencia del enemigo hasta la jornada fatal de Medellín.

La vanguardia francesa, infatigable en la persecución de los nues-

(1) Este es el número que dá Cuesta; porque Schépeler lo hace subir á 140. Thiers cita el choque el desfiladero pero no el desquite.

tros viéndolos continuar su retirada, los alcanzó de nuevo al descender del puerto; y, hallando terreno propio junto á Miajadas para una nueva carga, lanzáronse á ella los cazadores del 10.º, creyéndose sin contrarresto para darla. Pero, observando Henestrosa su aislamiento y deseando castigar su temeridad, hace volver caras á dos de sus regimientos, los del Infante y Almansa, que cogen de flancos á los cazadores franceses y los obligan á huir con la grave pérdida de 126, los más obcecados en su avance de entre ellos (1).

El suceso, aún dando por insignificante la pérdida de los franceses, ofrece tales caracteres militares, ya que no de novedad, en aquella guerra, que vamos á trasladar á esta página una de las más elocuentes de M. Rocca que lo describe con todos sus pormenores.

Dice así el distinguido oficial del 2.º de Húsares, presente á aquella acción: «Los españoles emboscaron, no lejos de la aldea de Miajadas, muchos escuadrones de su mejor caballería. Esta caballería escogida cayó de improviso sobre los cazadores de nuestra vanguardia que marchaban dispersos y sin orden, á grandes distancias los unos de los otros. Fueron abrumados por el número: sus caballos, fatigados por una carga á todo trance, no pudieron reunirse para resistir; y en menos de diez minutos nuestros enemigos pusieron fuerza de combate más de ciento y cincuenta de los más valientes cazadores del 10.º regimiento.

«Habiendo tenido noticia el general Lasalle de lo que sucedía, nos hizo avanzar apresuradamente á socorrelos. Llegamos demasiado tarde, y no vimos á lo lejos más que el polvo que dejaban detrás de sí los españoles que se retiraban.»

«El coronel del 10.º regimiento estaba ocupado en reunir sus cazadores, arrancándose los cabellos de desesperación á vista de los heridos, tendidos aquí y allí en un espacio de terreno bastante grande. Habiendo sobrevenido la noche, volvimos á vivaquear detrás del sitio en que había sido la acción» (2).

«Estos combates de caballería tan afortunados, dice un autor alemán, en vez de decidir á Cuesta por una guerra de pequeñas opera-

(1) En este número concuerdan Cuesta y Schépeler, Thiers lo rebaja á 63 contra el aserto de otros compatriotas suyos más imparciales que él. Unger, entre ellos, dice que fueron 200.

(2) Más que por la relación de quel combate hemos copiado el párrafo de la obra de M. Rocca porque él nos dará más adelante la prueba mejor de la injusticia con que algún escritor francés ha querido representar las crueldades de sus compatriotas en Medellín como represalias de las ejercidas por los españoles en Miajadas.

Lo que hubo es que los cazadores exageraron su temeridad, tan pregonada en aquella campaña, y que el Infante y Almansa se cebaron en la carga y el alcance de sus adversarios, aprovechando la ocasión, bien propicia por cierto, para vengar el desaire de la retirada y sus agravios de Dinamarca.

ciones, á la que le ayudaban tanto las gentes del país, le parecieron feliz presagio para la batalla que intentaba librar al reunírsele el duque de Alburquerque».

Esta opinión, autorizadísima como del coronel Schépeler, tan experto en aquella guerra, es la misma que varias veces hemos proclamado como la más prudente; pero ni era fácil vencer la índole, esencialmente batalladora, del veterano general, ni ayudaba á doblegarla en España la opinión pública, fiscal inexorable de todo hombre que á la vista del enemigo no sacrificara, por combatirlo, las consideraciones más elocuentes del arte y de la experiencia militares. Pues ¿á qué, si no, debía el general Cuesta aquella popularidad con que se vió siempre favorecido á pesar de Cabezón y Rioseco, á pesar de su carácter duro y génio desabrido y de la desgracia en que había caído entre los miembros más influyentes de la Junta central? La debía á su patriotismo que no reconocía superior; pero principalmente, á aquella abnegación sublime que le impulsaba á arrostrar todo género de responsabilidades y peligros por la menor probabilidad de una victoria.

Muy pronto veremos cómo la misma Junta de Gobierno que le había maltratado tanto, cedía al sentimiento y á la fuerza de esa popularidad, recompensando ese espíritu tenaz y exageradamente batallador, en una de las mayores catástrofes militares que pudo producir en España.

El General Cuesta pernoctaba el 22 en Medellín y el 24 se dirigía á Campanario y la Higuera para ocultar su unión con el duque de Alburquerque, cuyo refuerzo consideraba suficiente para medirse con su adversario en una batalla campal. Y maniobró con toda la diligencia, ¿por qué no decirlo?, con toda la habilidad necesaria en su situación. Porque el mariscal Víctor, suponiendo la retirada de Cuesta definitiva y aún con noticias de su paradero, creyó que cuantos movimientos ejecutaba tendían á cubrir la línea de Sevilla, por donde se temería que pensara él dirigirse á invadir las Andalucías. Y entre si efectivamente la seguiría ó habría de atender primero á deshacerse de un ejército que podría establecerse sobre su flanco, dividió sus fuerzas ocupando con una parte de ellas á Mérida y con la otra á Medellín, enlazándolas, sin embargo, de modo que pudieran socorrerse al menor amago de peligro ó á la primera ocasión que se le presentara propicia para batir al enemigo.

Cuesta, entre tanto, había logrado su unión con Alburquerque en Villanueva la Serena.

No llevaba el Duque la fuerza que Cuesta le suponía, pues, como

ya dijimos, no llegaba 4.000 hombres, de los que 200 de á caballo, cuando se encontraba en el cuartel general del ejército de Extremadura con un refuerzo de los menos 10.000 hombres. Pero Cuesta, aun así y aun sabiendo la fuerza del enemigo, pues que en su Manifiesto lo dice, se creyó con elementos militares suficientes para hacerle frente: mucho más, para atacarle y vencerle. La disciplina en que los había puesto y acababan de revelar en la retirada, el valor que demostraron en los últimos combates en las orillas del Ibor y en Miajadas, y la confianza que le inspiraban los generales puestos á sus órdenes, le hacían precipitarse á una acción ofensiva, á todas luces imprudente.

Tenía que habérselas con un ejército preparado á una vasta empresa, nada menos que la de extenderse á regiones que, en tales circunstancias, bien podían llamarse remotas, separándose de su centro de acción general á distancias y en direcciones que ofrecían mil peligros. Si, con todo eso, avanzaba tan resueltamente, era que se sentía con fuerza para hacerlo, y nada desearía más su general en Jefe que el que se le ofreciese, con una batalla, ocasión de desembarazarse del mayor estorbo que se le interponía en el camino.

En tal situación, ningun aviso más grato pudo recibir Cuesta que el del fraccionamiento de las tropas de Víctor en Mérida y Medellín. Su acción, desde aquel momento, debió limitarse á tener en jaque á los franceses en aquellos dos puntos; y fuerte para la defensiva en la izquierda del Guadiana y aún amenazador á veces, repasar aquel rio con las tropas ligeras y parte de su excelente caballería; volver sobre el puerto de Santa Cruz y, no dando un punto de reposo á las guarniciones de Trujillo y Jaraicejo, atacar también el puente de Almaraz, con lo que el mariscal Víctor, imponente ante enemigos que á la menor resistencia se evaporarían en aquel territorio tan favorable para ellos, tendría que decidirse por un movimiento retrógrado hasta el Tajo. Tranquilo respecto á Badajoz, para cuya expugnación tardaría mucho el mariscal en allegar medios; cubriendo la carretera de Sevilla y estableciendo en élla puestos fortificados para contener en su caso el avance de los franceses; no dejando, en fin, un día sin amenazar á Mérida ó Medellín, y esquivando siempre una acción general, hubiera, con la especial de las fuerzas ligeras, primero detenido al enemigo y deidídole, después, á buscar á retaguardia la seguridad de sus comunicaciones. ¿Qué otra cosa cabía hacer, ignorando lo que pasaba en Portugal, la posición del general Lapisse y envuelto en las tinieblas de que le rodearían sus ágiles enemigos? Hubiera, de seguro, retrocedido á Almaraz y, fortificado en su puente, esperaría los recursos que ya

antes echaba de menos para su expedición á Sevilla ó Lisboa segun las circunstancias.

Pero decimos lo que antes: «¿Quién vencía la índole batalladora »del general Cuesta?»

Considerándose fuerte con la incorporación de las fuerzas de Alburquerque, á quien se reunió el 27, según ya hemos dicho, en Villanueva de la Serena, avanzó el 28 á Medellín á provocar al mariscal francés á la funesta batalla á que dió nombre la patria insigne del conquistador de Méjico.

Los historiadores franceses han querido quitar á Cuesta el honor de la iniciativa en aquella acción memorable para concedérselo á su compatriota el mariscal Víctor. El hecho solo, sin embargo, de abandonar su situación defensiva y de expectación la mañana misma de la batalla, prueba de un modo irrefutable que la intención de Cuesta no era la de tomar una posición amenazadora sino la de combatir resueltamente á su enemigo para arrojarlo al otro lado del Guadiana. Ni los franceses hallaron á los españoles ocupando esa posición al descender ellos á la llanura que fué campo de batalla, sino que, desde el primer momento, tuvieron que resistir el ímpetu de los nuestros que, sin detenerse en su marcha, comenzaron la acción atacando, no defendiéndose. A vuelta de distingos para no ponerse en contradicción con los autores de *Victorias y Conquistas*.... Unger y otros de sus compatriotas, Thier suelta la frase verdadera y propia. «El (Víctor), se alegró »mucho de ello (de ver el ejército español más dispuesto á avanzar »que á retroceder) y resolvió salir inmediatamente á su encuentro, (et »il résolut d'aller sur-le-champ á elle).»

El terreno favorecía á los franceses: vencedores, tenían donde ejercitar su actividad y su pericia para hacer decisiva la batalla; vencidos, podrían acogerse á Medellin, rodeada de huertas, con un caserío completamente abandonado de sus habitantes, y un castillo fortísimo asegurando la retirada á la márgen derecha del Guadiana.

Medellín asienta en la falda occidental de un gran cerro, coronado por la fortaleza á que acabamos de referirnos. Báñanlo, al Norte el Guadiana, cuyas orillas une un larguísimo puente de 430 metros, y, al Este, el arroyo Hortiga que deposita en aquél su caudal al pie del cerro, agua arriba y no léjos del mencionado puente. El Guadiana se desliza en una dirección próximamente occidental, formando varios y grandes recodos, así como algunos islotes, todo, efecto de la mansa y ancha corriente que le caracteriza desde su misterioso origen en las llanuras de la Mancha. El Hortiga, por el contrario, lleva curso distin-

to, encaminándose al Norte, pero sin agua en la mayor parte del año y formando un vallecillo suave hasta el próximo pueblo de Mengabril, entre tierras de labor y los viñedos que coronan las ondulaciones del terreno por entre las que se abre paso.

Mengabril está al S. y á unos 3 kilómetros de Medellín; y á 7 kilómetros y al S. E. se halla Don Benito, villa de gran vecindario, situada en una eminencia que, por otras menos notables y describiendo un gran arco, se liga á la primera de aquellas poblaciones, formando una excelente posición, de ocuparse con habilidad y para un objeto esencialmente defensivo. Desde los referidos pueblos y las posiciones en que asientan se descende gradual y paulatinamente á la extensa llanura por donde corre el Guadiana, toda ella despejada de árboles y sólo en algunas partes con viñedos que interrumpen la acción, en las demás expedita, de las tres armas.

En la orilla opuesta del Guadiana, entre el puente de Medellín y la desembocadura del río Rucas, unos 6 kilómetros agua arriba, el terreno se presenta bastante ondulado para, de abandonar el que muy pronto iba á ser campo de batalla, poderse proteger, no solo la ocupación de la villa y su castillo, sino que el paso, también, de todas las tropas en su retirada á Santa Cruz y Trujillo.

Las francesas iban, pues, á maniobrar y combatir bastante concentradas para dar aun mayor fuerza á la ya poderosa de su número, de su disciplina y buena dirección, al apoyo de un reducto como Medellín, inexpugnable en sus manos durante la acción, relativamente corta, de una batalla campal, y con la seguridad de no encontrarse á pique de un descalabro irreparable al emprender la retirada, si élla se veían obligadas. No sucedía otro tanto á las tropas españolas á cuya retaguardia se extendían campos interminables donde la energía de sus enemigos, sobre todo la de su caballería, regida por hombres tan expertos como Lasalle y Latour-Maubourg, ansiosos, además, de vengar los recientes descalabros de sus cazadores y dragones, se ejercitaría larga y cruelmente, sin obstáculos en el terreno y menos en población ni fuerte como los de Medellín, malamente dejado en poder del mariscal francés de no proseguirse la retirada á las posiciones de la cordillera mariánica.

Estas condiciones del terreno permitieron á los franceses observar la aproximación del ejército español, reunir sus divisiones y los destacamentos dispersos á lo largo del Guadiana, y prepararse de una manera conveniente á recibirlo y rechazarlo. El espectáculo que en los primeros momentos se les ofreciera, sería naturalmente el del co-

ronamiento por las tropas españolas de las eminencias que tenían á su frente entre Don Benito y Mengabril, espectáculo que ha dado lugar á algunos historiadores de su nación para suponer á nuestros compatriotas esperando el choque, perfectamente establecidos y casi invisibles (1).

No siendo exacto que los españoles, como aquéllos dicen, esperasen el ataque, pronto los verían en toda la extensión y en todo el fondo de su línea bajar á combatir en la llanura, con mayor precipitación que la debida y sin otro apoyo que el de su excesiva arrogancia.

Ya hemos dicho cual era su número. Ni había más de 19 ó 20.000 infantes, 2.200 caballos, y 30 piezas de artillería de campaña, ni existe un sólo dato (que nunca ocultaríamos) revelando más aumento en las filas del ejército de Extremadura que el de la división Alburquerque, incluída en esas cifras.

Pero si ese número ha sido objeto de mil controversias, y ya hemos anotado algunas, el de los enemigos se ha hecho problema que, de atender á todas las opiniones, concluiría por ser irresoluble. Con decir que hay cronista de aquel tan conocido suceso que reduce el número de los franceses al de 7.000 infantes, se comprenderá las exageraciones á que ha dado lugar (2). No vamos nosotros á entregarnos á ese género de cálculos sin otros datos que los de nuestros adversarios en la contienda: nos atendremos á los que, de entre ellos, encontramos más moderados y razonables. Triers, al describir la formación de sus compatriotas, dice así: «Víctor dejó en el puente de Hortigosa (Hortiga) del lado de acá de aquel torrente, la división Ruffin para hacer cara á un destacamento que aparecía por aquella parte, y se adelantó con Lassalle, los alemanes, el resto de los dragones de Lattour-Maubourg, la artillería y la división Villatte, formando un todo de 12.000 hombres poco más ó menos.»

Quiere decir que se adelantó, así al menos lo entendemos, con

(1) Dice Thiers: «No se descubria más que el borde de la meseta y la parte del ejército español que la coronaba. El resto permanecía oculto por el declivio del terreno.»

Por su parte, Rocca, testigo presencial. «A las 11 de la mañana desembocamos en Medellín para formar en batalla: á corta distancia de la población descubríamos un arco de círculo muy cerrado entre el Guadiana y una barrancada plantada de árboles y viñas que se extienden de Medellín á Mingabril.»

Estaban en lo bajo y varian á los españoles formando horizonte en la serie de eminencias que tenían en frente.

(2) Rocca dice: «Las tres divisiones que formaban nuestra primera línea habian dejado á retaguardia del ejército numerosos destacamentos para guardar las comunicaciones, y no se componian sino de 7.000 soldados.» «El enemigo, añade con énfasis, presentaba de lante de nosotros una línea inmensa de más de 34.000 hombres.»

12.000 hombres; y contando los 5.000 de Ruffin y los dragones que con ellos quedaron, resulta ser de 18.000 el número de los franceses en Medellín.

«El ejército frances, dice el alemán Schépeler, consistía en 18.000 hombres, de los que 3.000 de á caballo.»

Algo más difícil es señalar la formación de las tropas de uno y otro campo, si bien por lo que toca á los franceses, aún cuando el globo, esto es, por divisiones, se puede inferir cuál sería, así como por las variaciones que sus historiadores marcan en la marcha de la batalla.

El ejército de Cuesta saldría naturalmente de Villamueva en columnas, con su destino ya dado, sin embargo, pues que iba decidido á presentarse ante el enemigo, que su ponía al pie de Medellín. Al llegar cerca de D. Benito, cada una de aquellas columnas tomó rumbo según ese plan. La de la derecha, formada de la 3.^a división, del mando del marqués de Portago, y de la Andalucía, que había llevado el duque de Alburquerque, puestas en su totalidad á las órdenes del teniente general D. Francisco de Eguía, recibió la misión de atacar la izquierda enemiga donde formaban dos batallones de la división alemana entre la caballería del general Lassalle, apoyada en el Guadiana, que corría por su flanco izquierdo, y parte de los dragones de Latour-Maubourg, que tocaban con la división Villatte al centro y derecha de la línea francesa. Como el objeto era abrumar á los que tan concentrados se mostraban, los batallones españoles iban en una sola línea, sin reservas ni apoyo alguno. El caso era abrazar una gran extensión para que los enemigos recibiesen fuego de todas parte y no hubiera uno solo de sus cuerpos que no temiese verse asaltado y envuelto. La columna del centro, formada de la 2.^a división, del mando del general Trías, se estableció delante de D. Benito para, aunque débil en fuerza, enlazar las dos alas siguiendo su movimiento de avance y evitar un claro por donde el enemigo penetrara y cortase la línea general. La tercera columna, que componían la vanguardia y la 1.^a división al mando respectivamente del mariscal de campo, tantas veces citado, D. Juan de Henestrosa y el teniente general duque del Parque, rebasó D. Benito y, por la cresta de la lía curva de alturas á que antes nos hemos referido, fué á formar junto á Mengabril, posición avanzada sobre el flanco derecho de los franceses y desde la que amenazaba con un golpe de mano á Medellín, base, reducto y último refugio de las tropas enemigas en cualquier evento. Y para que no se dudase de que en aquella posición y en su eficaz importancia se fundaban los proyectos del general Cuesta, á ella fué á situarse y á ella dirigió el golpe de

su caballería haciéndola formar á la izquierda del puesto que eligió *por más elevado* y desde el *qual se descubrian todos los lados de la acción*. Una de las razones, la más poderosa quizás, que tuvo Cuesta para situarse en la izquierda y reunir allí una masa mayor de fuerzas y una gran parte de la caballería, en cuya acción tanto fiaba, fué la de que veía en frente la mayor parte de las del enemigo, cuyo general en jefe, como hábil y experto, comprendió, por su lado, que allí estaba el mayor peligro. No satisfecho Victor con establecer la división Villatte con el resto de los dragones junto á la barrancada del Hortiga, así para observar las posiciones de Mengabril como para apoyar por su izquierda á la división alemana, situó á su espalda, en la izquierda del Hortiga y como en segunda línea, la división Ruffin, muy concentrada y con el apoyo de su numerosa artillería. La artillería española siguió el movimiento de las divisiones á que estaba orgánicamente unida, situando sus piezas en los claros de los cuerpos y en los puestos que en la marcha general de la batalla creyeron sus jefes más conveniente (1).

Para cubrir línea tan extensa como la española, de más de una legua, se necesitaba mucha gente; y como no había la que los franceses han dicho, resultó una formación, no solo sin segunda línea, cual ya hemos indicado, y sin reservas, sino hasta insuficientemente guarnecida, con varios y anchurosos intervalos que se procuraron tapar con la caballería, haciéndola moverse de un lado á otro. Sólo en la izquierda y no puede decirse si fortuita ó previsoramente, el cuerpo formado de los granaderos de los regimientos á las órdenes de Zayas quedó un poco á retaguardia y á manera de reserva de toda aquella ala. El caso era, repetimos, inundar de fuego las fuerzas del enemigo que se descubrían ya de cerca, formadas en masas muy profundas, pero, proporcionalmente allí, poco numerosas.

La derecha española avanzó así hacia las tropas alemanas, establecidas, como hemos dicho, entre la caballería de Lasalle y los dragones de Latour-Maubourg. Leval recibió el ataque con su artillería que hizo avanzar tan pronto como los descubridores de uno y otro campo dejaron despejado al terreno, cubriendo materialmente de metralla las

(1) Por lo que muy luego se dirá se debe suponer que con el duque de Alburquerque debió quedar la caballería que había llevado del ejército de la Mancha. Nos hemos guiado principalmente para el señalamiento de la formación de los españoles por el parte de Cuesta; que Schépeler, por su lado, dice que los 300 lanceros de Alburquerque ocupaban la extrema derecha hasta el Guadiana, en la izquierda estaba el regimiento de húsares de Extremadura, Almansa é Infante se colocaron delante del centro, y varios escuadrones en los intervalos principales, la mayor parte entre este y las dos alas.

Se nos figura que Schépeler tiene razón.

cabezas de nuestras columnas. Pero viendo que no por eso se detenían, sino que por el contrario, avivaban el paso para chocar cuanto antes, lanzó sobre ellas dos regimientos de caballería de los de su derecha, el 2.º y el 4.º de dragones, que cargaron con el ímpetu con que saben hacerlo los franceses. No tardaron, sin embargo, á retirarse escarmentados por el fuego de nuestra artillería y el que, casi sin detenerse, les dirigió la infantería española, y lo hicieron dejando completamente descubierta la suya que, al observarlo, formó en cuadros sus batallones temiendo el ataque ya inmediato de los nuestros, ginetes y peones. No bastaba eso; y fué preciso pensar en retirarse, mejor dicho, en ir cediendo terreno, pero palmo á palmo, así para no comprometer toda aquella ala, como para dar tiempo á los refuerzos que pudieran llegarla ó á las maniobras que el general en jefe ordenase al fin de descargarla de tanto peso como parecía gravitar sobre élla. Y se retiraron con tal aplomo, que más parecían, las que ejecutaban, maniobras de un campo de instrucción con las tres armas alternativamente, que ante un enemigo que pudiera interrumpirlas con estrago quizás irreparable (1). La caballería de Lasalle hubo de seguir el movimiento, acosada con más energía aún, como que, tocando al Guadiana, la empujaban más los españoles, no fuera á operar por su flanco una reacción que comprometiese el éxito que ya daban por seguro con gritos y amenazas, naturales en tropas en su mayor parte de leva reciente, pero que hacían contraste con la serenidad y el silencio de sus adversarios.

¿Llegaron á imponer á los españoles la sangre fría de los alemanes y la habilidad con que Lasalle defendía el terreno, retirándose y cargando alternativamente con sus escuadrones? Porque, á pesar de que nuestras columnas, *con sus generales y jefes al frente*, como después decía Cuesta, avanzaban en seguimiento de los imperiales, tardaron dos horas en llevarlos hasta un recodo del Guadiana que estrecha notablemente la llanura en que se peleaba, ó se detuvieron esperando el resultado de la acción en el centro y el flanco izquierdo. Resultó, según las conjeturas más prudentes, una como paralización en el ala derecha, efecto quizás del espíritu y carácter de su doctrinario jefe, ó del continente que ofrecían los enemigos; paralización que duró lo que

(1) Se observó el silencio con que se retiraban los franceses, y así lo han hecho notar algunos historiadores, silencio que permitía oír perfectamente las voces de mando de los jefes al ordenar las maniobras. ¡Flema alemana, pero ejemplar y honrosa!

Rocca dice al describir aquel episodio: «Fueron rechazados (los dragones) con pérdida, y la división alemana quedó sola en medio de la pelea.»

el choque de la otra ala para terminar, como en ella, por un terrible desastre.

El centro avanzaba también, como para conservar ea su integridad la línea general, sin choque notable por su parte, atento á la acción que iba desarrollándose sobre sus flancos, donde se veía encontrarse el empeño de la ofensiva en los españoles y el de la resistencia en los franceses. Tan concentrados aparecían éstos, tan hábilmente situada tenían su formidable reserva, que el centro español hubiera cometido la mayor de las temeridades intentando cortar la línea enemiga.

Hacia Mengabril era donde estaba, así como la clave de las posiciones españolas, el peligro mayor para las francesas.

Tan así lo entendió el mariscal Víctor que, según ya hemos visto, situó la gran masa de fuerzas de aquel lado. No tan sólo tenía allí dos batallones de la división alemana con una parte de los dragones de Latour-Maubourg, apoyados por un regimiento, el 94.º de línea, de la división Villatte, sino que hizo avanzar con ellos una batería de diez piezas, destinada á cubrir de fuego el gran espacio de terreno donde pudieran desplegarse los españoles. Aun cuando de primera reserva en el centro, tácticamente hablando, y con el fin de enlazar las alas, dos regimientos, también de la división Villatte, el 63.º y el 95.º, cubrían en primera línea y cerca del puente la márgen derecha del Hortiga, pero más inclinados á Mengabril que al Guadiana; revelando, así, donde se consideraban más necesarios, lo mismo que el 27.º ligero que sostenía su unión con la División Ruffin, toda ella en la izquierda del barranco y dando frente á aquella aldea. Si esta ordenanza no pusiera bien de manifiesto el plan del duque de Bellune, ahí está la circunstancia del largo aislamiento en que permaneció la izquierda francesa y su marcha retrógrada que lo revela con la mayor elocuencia.

Al presentarse los españoles en las posiciones próximas á Mengabril, los franceses, tras una tentativa de carga con que solo alcanzaron á despejar el frente de los tiradores que lo cubrían, adelantaron la gran batería de que hemos hablado, la cual rompió un fuego de los más violentos y certeros. No se arredraron por eso los nuestros, sino que, desatendiendo á los ginetes de Latour-Maubourg, rompieron un gran movimiento en columnas sobre las piezas que tanto les ofendían. Tan resuelto y enérgico fué que, aun recibidos los infantes españoles de una manera á que dice Thiers no estaban acostumbrados, llegaron, calada la bayoneta, á medio tiro de pistola de la batería, *logrando, según el parte del general Cuesta, que la abandonasen las enemigos que la defendian.*

Ya, siguiendo el movimiento y apoyados por una parte de nuestra caballería, algunos de cuyos oficiales y soldados penetraron en la batería, estaban á punto de apoderarse de toda ella y los infantes alemanes formaban el cuadro, como lo habían hecho sus compatriotas de la izquierda, cuando, reunidos todos los dragones franceses de aquel lado de la línea, cargaron con la mayor resolución las cabezas de las columnas españolas. Era necesario que nuestros jinetes saliesen del mismo modo á su encuentro y así iban á ejecutarlo los de Almanza, el Infante y de cazadores imperiales de Toledo; pero, iniciado el movimiento con torpeza é interrumpido, desgraciadamente, por la de un batallón que se interpuso en el camino, se desordenaron primero, vacilaron, después, y acabaron por ceder el campo y huir, por fin, á galope.

En vano intentó poner remedio á tal revés el coronel Zayas con los granaderos de su mando; más inútil aún que apostrofase duramente por su innoble conducta á los ginetes fugitivos: su voz se perdió en el desierto del miedo, y su acción en la impotencia de su debilidad y en la fuerza de los enemigos, irresistible desde aquel momento. *¿Qué es esto?* les decía, *¡Alto la Caballería! ¡Volvamos á ellos, que son nuestros!* y seguía impávido su marcha á la batería alentando á los infantes con su voz y su ejemplo. Pero los jinetes continuaban su vergonzoso derrotero, sin escuchar siquiera el grito de la conciencia militar que les advertía del peligro en que dejaban á sus camaradas de la infantería, que ya se consideraban vencedores y fueron rotos inmediatamente y dispersados.

En vano también salió al encuentro de los fugitivos su general en jefe. De nada sirvieron la presencia del severo anciano, ni sus voces y amenazas, ni su acción enérgica, tanto más imponente cuanto más crítica era la ocasión ó más fatales podían ser las consecuencias. Derribado del caballo por los de sus mismos subordinados, muy pronto se encontró entre sus enemigos que, de conocerle, hubiéranle cogido prisionero y llevádole triunfantes á su campo.

Donde, ya lo hemos indicado, se buscaba y esperábase encontrar la victoria, puesto que, por su situación, dominaciones y fuerza, era la izquierda quien debía dar el golpe decisivo á la línea francesa, allí lo recibió la nuestra, tan irremediable como rudo é inesperado. Y realmente, cuando parecía sonreír la fortuna al anciano general, tan esquivada con él desde aquellas hazañas del Rosellon y la Cerdaña que le habían dado nombre preclaro y autoridad entre sus colegas y subordinados del Ejército, le sumía en una desgracia nueva y lo hubiera he-

cho en la desesperación sin aquél temple de alma que lo distinguía y que lo llevó á atraérsela de nuevo para, en los últimos años, dejar memoria honrosa de su patriotismo y constancia envidiables.

Ya no fué posible poner remedio á desastre tan grande, y los franceses lo hicieron completo con su actividad característica. Reservaron su infantería para evitar una reacción ó movimientos en la línea española que lo remediasen, y sus dragones, aquéllos de quienes, vencedores, nadie en España esperaba sino estrago y muerte, se dedicaron á la persecución de los fugitivos con toda la saña y todo el encarnizamiento que les dió fama tan siniestra.

El ala izquierda de los españoles quedó, pues, inútil para continuar la pelea, tan prósperamente comenzada; y el enemigo pudo dirigir, momentos después, su pensamiento al de acabarla sin gran trabajo ya y sin más sacrificios de su parte.

Ya hemos dicho cómo había quedado el combate en el centro y la derecha de la línea española; en aquél, reducida á seguir el movimiento general de avance, paulatino y sin accidente notable; en la derecha, observando la parsimonia que calificamos de resultado del espíritu doctrinario de su jefe, observante riguroso de las antiguas reglas de la táctica. Concedor, inspirador, quizás, del plan del día, creyó no deber interrumpir para nada el papel de que se había hecho cargo su general en jefe y dejó á la izquierda la acción decisiva que sólo el verdadero génio de la guerra puede prever dónde y en qué momentos va á desarrollarse.

¿Hubiera cambiado de faz el combate de haberse ejercido en la derecha esa acción con mayor energía?

Pregunta es ésta de difícil contestación, pero que pudiera ser objeto de no pocas observaciones.

Es verdad que cuanto más se comprometiese el ala derecha por la margen del Guadiana en seguimiento del enemigo que tenía á su frente, mayor se hacía el peligro de, al menor revés, encontrarse flanqueada y aun envuelta; y así se hubiera visto al dispersarse la izquierda por la inconcebible conducta de la caballería. Es cierto también que el enemigo tenía sus reservas más próximas á nuestra derecha, pues que desde el principio de la acción las estaba haciendo pasar el Hortiga por el único puente que existe, ya muy cercano á Medellín; y á donde antes podía acudir en auxilio de sus cuerpos avanzados, era precisamente á aquel flanco. El general Eguía estaría, acaso, observando ese paso y viendo regularmente la gran masa de la división Ruffin en la eminencia opuesta al puente, cubierta con el barranco y apoyada en

la población y su castillo. Temería, pues, que, á poco que se apoyase la resistencia que ya encontraba en los dos batallones alemanes que iba combatiendo y la brillante caballería que por sus dos flancos los cubrían, podría hallarse en situación difícil, en la imposibilidad, sobre todo, de mantener el jaque, si así cabe llamarlo, que se le habría impuesto como misión la más interesante, la única acaso, en la función campal de la jornada.

Pero, aún concediendo todo eso y concediendo el peligro de hacer frente á un carácter como el del general Cuesta si éste le había fijado las operaciones que había de ejecutar y hasta su extensión y alcance, otra habría sido la marcha de la batalla y otro quizás su resultado de haber el general Eguía arrostrado las responsabilidades de su posición. El enemigo hubiera puesto su atención en los que, llevándole de vencida, se le presentaban de más cerca y amenazándole cortar el camino de su retirada á Medellín y el puente del Guadiana. Al atender al riesgo más inminente, habría dejado nuestra ala izquierda desembarazada para operar por ambas orillas del Hortiga, tanto sobre los otros dos batallones alemanes que la hacían frente, como amenazando á la división Ruffin que así se hubiera mantenido concentrada para, ni por allí ni por el puente de aquel torrente, dejar descubierta su posición central, su base de la ciudad, refugio, en caso de desgracia, donde asegurar la retirada. Y de todos modos, aun creyendo nosotros que no era empresa fácil la de arrollar y destruir la hábil concentración que el mariscal Víctor había dado á su cuerpo de ejército, el vencimiento de los españoles no hubiera sido tan rápido ni su derrota tan completa. La acción se habría mantenido dentro de los límites que señala una resistencia afortunada al ejército que lleva la iniciativa de una ofensiva enérgica; y, al retirarse los españoles, lo hubieran ejecutado con un orden, imposible en las condiciones en que los puso la desgracia de su ala izquierda.

Porque, desembarazados los franceses del peligro mayor, del que, por lo menos, los amenazaba con efectos más decisivos, se revolvieron inmediatamente contra el centro y el ala derecha de nuestros compatriotas. Desbaratar el centro era muy fácil, así por lo poco numeroso de su fuerza como por carecer ya de su principal apoyo. Rota la línea y ésta sin otra segunda y sin reservas, rebasada por la caballería enemiga en su persecución de las tropas del flanco izquierdo, no era posible mantenerla ni, lo que es peor, guardar orden en la desmoralización que había de producir situación tan difícil y comprometida. Las reservas, de consiguiente, que Víctor había situado durante la acción

á la salida del puente del Hortiga, los regimientos 95.º y 67.º de línea, destinados á contener los progresos de nuestra derecha, cambiaron su papel por el ofensivo que ya les tocaba representar, y el 94.º y el 27.º también de la división Villatte, que habían acudido en apoyo de los batallones alemanes y de la batería asaltada tan infelizmente por los granaderos de Zayas y los ginetes de Almansa y del Infante, conversaron á la izquierda como para dirigirse hacia Don Benito y envolver el resto de la línea española.

Y esto bastó para contener todos sus progresos y, luego, hasta para acabar con todas sus esperanzas.

El centro, que, repetimos, no tenía, como ninguna otra parte del ejército, ni segunda línea ni reservas, se vió, tan pronto como asaltado, puesto en una completa derrota. El general Trias, que lo mandaba, fué puede decirse que sorprendido por los dragones de Latour-Maubourg que, tan pronto como dispersaron á los de nuestra izquierda, se revolvieron contra el centro, cogiéndolo por flanco y retaguardia. Envuelto por los dragones, derribado del caballo y mortalmente herido, no tuvo, como su general en jefe, quien le arrancara de las manos de sus enemigos, dos de cuyos oficiales le dieron generosa ayuda y le trasladaron á Medellín (1). Con esto no hay para qué decir cual fué la suerte de la pequeña división española que cubría el centro.

En seguida le tocó su vez á la derecha.

Dos horas había combatido y con fortuna que ya hemos visto no supo ó no pudo aprovechar. La parsimonia de Eguía ó la habilidad de Lasalle, acaso las dos cosas á la vez, impidieron la acción de nuestra caballería sobre la ligera francesa que tapaba el boquete entre los batallones alemanes y el Guadiana. Si nuestros ginetes se introducían por él, la izquierda francesa quedaba envuelta y, de consiguiente, perdida.

(1) He aquí cómo explica el suceso su hoja de servicios. «A los tres dias dispuso el General en jefe atacar á los enemigos cerca de Medellín en cuya acción concurrió mandando su división y valiéndose con los enemigos de frente, y penetrando su caballería por el flanco izquierdo fué envuelto por la espalda y cercado por seis dragones que le dieron siete cuchilladas graves en la cabeza y una en la mano derecha de la que ha quedado imposibilitado de todo uso. Abandonado en el campo, desnudo, desangrado y moribundo, por un efecto de la Divina providencia pasaron dos oficiales enemigos y reconociéndolo con vida le montaron en uno de sus caballos y sostenido por dos soldados le llevaron á Medellín donde se hallaba el ejército francés al mando del general Víctor: éste procuró se le auxiliase en lo posible pues los facultativos opinaban viviría dos horas, no obstante al día siguiente como le vieron con alguna resistencia determinó el Mariscal Víctor pasase á Trujillo, donde sufrió trabajos y calamidades sin más equipage que una manta rota que servía para cubrir su desnudez.»

Al retirarse Víctor, fué Trias dejado allí, de donde, algo mejor, fué trasladado á casa del marqués de Santa Marta en Cáceres y, tres meses después, á Sevilla y el Puerto de Santa María, para, convenciente al poner los franceses sitio á Cádiz, fugarse á esta plaza al lado del gobierno nacional.

Para evitarlo, maniobraba y maniobraba el general Lasalle, sin perder un palmo de terreno que no disputara con cargas sucesivas de sus escuadrones, uno de los cuales, el antiguo de húsares de Chamboran, iba cubriendo la retaguardia (1).

Pero rota nuestra izquierda y avanzando de frente, sin preocupación ya alguna, el 67.º y el 95.º franceses, y viéndose por el flanco, aun cuando en lo alto y todavía lejos, el 94.º y el 27.º de la misma división Villatte y los batallones alemanes y la artillería y los dragones, la masa toda que acababa de vencer entre Mengabril y Don Benito, las tropas de Portago y Alburquerque, estos generales, sobre todo, y su jefe Eguía, debieron pensar en salvarse de la derrota que las demás acababan de sufrir. Alburquerque propuso la retirada en columnas, y la propuso inmediatamente para poderla realizar en orden y sin precipitaciones, siempre fatales en tales casos. Eguía, empero, tan escrupuloso para retroceder como lo había sido para abanzar sin órdenes precisas y terminantes, se resistía á darlas por su parte. Los enemigos fueron los que sacaron á Eguía y á todos de sus perplejidades; porque, tranquilos ya respecto á la suerte de sus camaradas de la derecha, rompieron en un movimiento ofensivo tan enérgico como rápido y feliz.

El 2.º de húsares, el escuadrón que dijimos iba cubriendo la retaguardia de la caballería de Lasalle, fué el primero en iniciar la reacción de los franceses. Los que de entre los cuerpos españoles lo acosaban de más cerca eran los lanceros de Echávarri, llamados por unos de *Alcolea*, primera acción que dirigió aquel distinguido general, y por otros, los menos, *Perseguidores de Andalucía*. La arrogancia andaluza que mostraban y los dicterios y amenazas que les dirigían, tenían á los húsares en la irritación y el ansia de la venganza que son de suponer. Así es que, al observar la marcha de la batalla, tan favorable ya para ellos, y comprender que había llegado el momento de tomar su desquite, vuelven caras de repente, rectifican su alineación con el mayor reposo, y á la voz de su jefe, el capitán Dratziansky, y al sonido de ataque del trompeta, se lanzan á la carga con todo el ímpetu que les comunica la rabia y la vergüenza de retirada tan larga como la que hasta entonces habían ejecutado. Y sucedió allí lo que en la izquierda y el centro. Al grito de los húsares franceses, tan sor-

(1) «Si nuestro escuadrón hubiera sido roto, dice Rocca, la caballería del ala derecha de los españoles hubiera penetrado por esa brecha sobre la retaguardia nuestra y cercándola: entónces, los campos de Medellín hubieran sido lo que nos gritaban los enemigos, la tumba de los franceses.»

prendente y atronador como mudo y chocante había sido su anterior silencio, detuviéronse nuestros lanceros, y no tardaron á desordenarse y muy luego á huir, al ver con cuanta resolución cargaba un enemigo, poco antes tan circunspecto y al parecer temeroso. Su fuga produjo la de los escuadrones que los seguían en la formación, y éstos, á su vez, arrastraron en la suya á los batallones de infantería que, encontrándose sin apoyo y sin órdenes para la retirada, la emprendieron por sí, no atendiendo á ejecutarla con las maniobras de enlace entre unos y otros que, en su caso, aconsejan las circunstancias y previenen siembre los reglamentos. El general Echávarri, que llevaba muertos tres caballos, fué herido en un brazo, el derecho, y hubo, como los demás, de buscar su salvación en los escuadrones no dispersados todavía; retirándose con ellos y las fuerzas que quedó rigiendo el duque de Alburquerque (1).

La inmensa llanura que se extiende al frente de Medellín y las eminencias que la limitan al Sur hacia Mengabril, Don Benito y Villanueva, fueron muy pronto campo de muerte y desolación. La caballería francesa se cebó en los fugitivos con ira extraordinaria; y la infantería, una vez decidido el éxito de la jornada, se entregó también á acabarla con el mayor extrago posible. Todo aquel á quien llegaban á alcanzar el caballo ó el sable de un dragón podía darse por muerto, porque ni su caída ni las heridas que recibiera le salvarían de la bayoneta de los infantes que iban en pos rematando á los rendidos y moribundos.

Así, las bajas de nuestro ejército fueron en gran número y de importancia innegable. Pasó de 10.000 la cifra de los muertos, heridos y prisioneros; llegó á la de 16 ó 20 la de las piezas de artillería abandonadas en el campo de batalla, y éste quedó cubierto, así como de cadáveres de tanto y tanto valiente, de armas, de municiones y trofeos. «Durante mucho tiempo, dice Toreno, los huesos de los que allí »perezieron se percibían y blanqueaban, contrastando su color macilento en tan hermoso llano con el verde y matizadas flores de la »primavera».

«Los franceses no tuvieron más de 4.000 hombres puestos fuera

(1) Toreno dice: «El duque de Alburquerque fué el sólo que pudo por algún tiempo conservar el »orden para tomar una loma plantada de viña que había á espaldas del llano; pero estrechada su »gente por los dispersos y aterrada con los gritos de los acuchillados desarreglose simultáneamente, »corriendo á guarecerse de los viñedos.»

Cuesta dice en su parte que la artillería y los jinetes de España y Extremadura, especialmente, libertaron con sus cargas á varios batallones de infantería, entre ellos á los de Mérida y provincia de Badajoz.

»de combate», dice uno de los libros más apasionados de entre los de sus historiadores, y otro tanto vienen á decir la mayor parte de ellos. Y, una de dos, ó esta cifra es exageradamente alta ó la batalla de Medellín es una prueba, aunque se quiera negar, de la tenaz resistencia que las tropas españolas iban oponiendo á la acción y á las maniobras de los ejércitos imperiales que con tanta justicia llevaban por el mundo la fama de invencibles (1).

Fueron cinco las horas que duró el combate; y, en las primeras, los españoles llevaron la mejor parte, haciendo retroceder á los franceses, resultado que no era fácil conseguir sobre tropas tan sólidas y manejadas por generales hábiles y emprendedores. La artillería, no poco numerosa, de nuestros compatriotas debió hacer mucho efecto, pues, con haber sido rechazados los dragones de Latour-Maubourg en ambos flancos de la línea, la infantería francesa hubo de formar en masa y en cuadros, y ya se sabe el efecto de los proyectiles sobre tales formaciones. La misma rabia desplegada por los dragones, una vez triunfantes, y la de los batallones de Villatte que iban en pos de ellos, revela cuán cara les había salido la victoria. Es indudable que, sin la inexplicable retirada de nuestra caballería, los franceses hubieran tenido que acogerse á la izquierda del Hortiga y que defender, acaso, la posición misma de Medellín, muy comprometida por la estrechura del puente, si llegaba el caso de haberla de evacuar después (2).

De todos modos, la jornada fué de las más desastrosas y, sin la horrible tempestad que se desencadenó por la tarde, hubiera perecido casi todo el ejército de Extremadura. Era el huracan mismo que sorprendió al ejército de la Mancha en los desfiladeros de Sierra-Morena después de la rota de Ciudad-Real y que dijimos había producido su

(1) Schépeler, dice: «Los franceses calculan con diversidad su pérdida, de 4 000 hombres á 1.000. Creemos que en el número 2.000 es el que está cerca de la verdad.»

(2) No cuesta dar fé á lo que puede tener visos siquiera de ser ardid político ó militar, aun dirigido á fines los más elevados. *El Semanario patriótico* publicó una carta que daba por interceptada á los franceses y contenía el párrafo siguiente: «En Medellín hemos tenido últimamente una función magnífica. El general Cuesta que es el mejor general de los españoles, vino á presentarnos la batalla. Travada la acción, logró Cuesta con sus maniobras flanquearnos el ala izquierda, en la extensión, lo menos de un cuarto de legua, y habiéndonos hecho cejar hasta el río, estaba ya para apoderarse del puente, con lo cual nos hubiera cortado la retirada, tomándonos la artillería y derrotando completamente nuestro ejército. Pero nuestro general Latour-Maubourg, aventurado el todo por el todo, hizo entonces carga su caballería sobre la línea enemiga, que avanzaba en el mejor orden posible, acribillándonos á descargas de metralla y fusilería. Á veinte pasos estábamos ya, y ellos con bayoneta cañada esperándonos á pie firme, cuando su caballería que estaba en columna cerrada detrás de ellos para sostenerlos, dió una media vuelta: la infantería empezó á replegarse, y desde entonces todo fué una matanza continua hasta la noche.»

Cuesta daba crédito al párrafo del *Semanario* y lo estampó en su manifiesto. Nosotros no nos atrevemos á tanto. Lo reproducimos por curioso.

total dispersión. En Medellín causó en parte efecto semejante, pero impidió á los franceses proseguir la victoria hasta acabarla completamente. Dispersos y todo, los españoles fueron acogiéndose á los pueblos más próximos para dirigirse á la sierra que divide partes con Andalucía y establecerse en Monasterio, interceptando la carretera y el paso á Sevilla, asiento del gobierno supremo de la nación.

No se hicieron esperar allí los castigos que un carácter como el general Cuesta era imposible dejara olvidados, aun en la catástrofe en que iba envuelta su propia responsabilidad; y fueron depuesto varios jefes y arrancadas las pistolas de los arzones á la tropa que tan vergonzosamente había abandonado el campo de batalla en los momentos más críticos.

Pero si la jornada, repetimos, fué de las más fatales, sirvió, más que nunca otra quizás, á avalorar el patriotismo de los hijos de España y dar muestra de hasta donde llevarían la resistencia ellos y su gobierno (1). El ejército de Cuesta llegó muy pronto á reunir hasta 14.000 hombres entre los dispersos de Medellín y los refuerzos que se le enviaron de Sevilla y del de la Mancha; y la Junta de Badajoz y los pueblos todos de la provincia, rivalizando en entusiasmo, se presentaron á resistir al invasor hasta con la proclamación de una cruzada que alcanzó resultados que muy pronto pondremos de manifiesto.

La Central, por su parte, mostró una mananignidad que, no sin razón, se comparó entonces con la del Senado romano después de la batalla de Canas. Cuando recibió el parte del general Cuesta, le dió las

(1) Rocca y, como él, los autores de *Victoires et Conquêtes*, han querido en sus respectivos libros demostrar que no era como se pinta la energía de los españoles, refiriendo escenas que aquél dice haber presenciado entre los prisioneros de Medellín. Nosotros las vamos á comunicar á nuestros lectores, porque, precisamente, revelan lo contrario: así al menos lo creemos.

Dice Rocca: «Estos mismos hombres que nos prometían con tanta seguridad la muerte ántes de la batalla, marchaban entonces con la cabeza baja y la precipitación del miedo. A las primeras señales de amenaza por parte de nuestros soldados, corrian todos al instante, apiñándose al centro de sus columnas como las ovejas cuando escuchan el ladrido de los perros que las persiguen. Siempre que encontraban un cuerpo de tropas francesas gritaban con toda su fuerza *Vivan Napoleón y sus invencibles tropas.*»

Y continúa luego: «Un coronel cortesano, edecan del rey José, viendo desfilar á los prisioneros al frente de los regimientos, les mando en español que gritasen: *Viva el rey José.* Los prisioneros hicieron como que no le comprendía y después de un momento de silencio, volvieron hacer resonar á un tiempo todos el grito acostumbrado de *Vivan Napoleón y sus invencibles tropas.* El coronel se dirigió entonces particularmente á uno de los prisioneros españoles y le repitió, amenazándole, la orden que había dado. El prisionero gritó *Viva el rey José;* pero un oficial español á quien causalmente no se había desarmado, acercándose al soldado, le envainó su espada en el cuerpo. Nuestros enemigos querían rendir homenaje á la fuerza de nuestros ejércitos vencedores, pero no reconocer, aun en su abatimiento, la autoridad de un soberano que no era el de su elección.»

¡Qué poco se avienen estos dos párrafos! Se ha querido rebajar á los españoles y se los ensalza hasta las nubes.

gracias por no haber desconfiado de la salvación de la patria á pesar del revés sufrido; lo elevó á la dignidad de capitán general de ejército; lo declaró, como á todos los cuerpos que habían combatido en Medellín, benemérito de la patria, y colmó de grados y honores á los generales, jefes, oficiales y soldados que más se habían distinguido. «No desconfía tampoco la junta, decía su secretario al general Cuesta, mientras el estado conserve en su seno héroes que como V. E. sepan inspirar á los ejércitos la intrepidez y el arrojo que ha manifestado el suyo en esta acción memorable, y por lo mismo se hace más interesante y excita mayor cuidado la desgracia que personalmente ha sufrido V. E. La Junta, solícita como debe de una salud y vida tan preciosas, quiere que todos los días la dé V. E. parte de su estado, y que quantos auxilios quepan en la naturaleza y en el arte para el restablecimiento, alivio y comodidad de V. E., de otros tantos disponga con confianza; en la inteligencia de que S. M., prodigando todo su poder en ello, cumple con un oficio el más grato á su corazón, y al mismo tiempo, llena los deseos de la patria, que contempla en V. E. una de sus más firmes columnas».

El mariscal Víctor comunicó inmediatamente al Intruso la nueva de su triunfo. La *Gaceta de Madrid* la publicó el 3 de Abril, tan desfigurada, sin embargo, que no sería por ella fácil conocer ni la verdad ni los resultados de una victoria, al parecer, tan importante y decisiva. Habían sido los españoles muertos á sablazo hasta 10.000, y llegaban á 4.000 el número de los prisioneros; no quedando al ejército español casi ningún jefe ni oficial, *pues la mayor parte habían perecido en aquella jornada*. Y, ¡cosa admirable como la del triunfo de los cristianos en las Navas de Tolosa!; los franceses no habían tenido más que 300 bajas entre muertos y heridos; *ventaja debida á la impetuosidad de sus ataques y al vigor con que habían sido sostenidos*. La orden general en que ésto se decía y el despacho de José Napoleón al Emperador, en que le anunciaba tan brillante suceso, daban á comprender ó manifestaban explícitamente que así y con la incorporación de la división Lapisse, el duque de Bellune tenía asegurada la conquista de Andalucía y entraría sin obstáculos en Sevilla.

Y, sin embargo, el célebre mariscal debió pensar en todo menos en obtener un resultado tan grandioso. En lugar de adelantarse á impedir la reunión de los vencidos en el Monasterio y la inmediata reorganización del ejército de Extremadura, se acantonó en el Guadiana, de Medellín á Mérida, fuese para esperar la división Lapisse, fuese para mantener, sin temor á interrupciones, su comunicación con Madrid.

Porque no habían pasado sino muy pocos días, cuando era necesario enviar desde la corte fuerzas no insignificantes, ya para sostener el orden en Toledo, pronto á sublevarse, ya para preservar el puente de Almaraz de un golpe de mano á que parecían dispuestas varias partidas de guerrilla levantadas en la sierra, aquéllas, sobre todo, que habían hostilizado al mariscal Lefebre junto al Tiétar. El Comandante M. de Begneris salió de Madrid con más de 600 hombres para proteger la corta fuerza que Víctor había dejado en Almaraz, asegurar el nuevo puente y cubrirlo con otras obras de fortificación; y hubieron de repararse el fuerte de Trujillo y los de Medellín y Mérida; aquel, para conservar las comunicaciones, y éstos para tener siempre libre el paso del Guadiana. A los pocos días, repetimos, de la victoria que los franceses creyeron les habría las puertas de las provincias andaluzas, tuvieron que prepararse una situación defensiva, tanto ó más difícil que la anterior á las jornadas de Castilla y Extremadura.

El general Lapisse había partido de Salamanca y, viendo imposible la ocupación de Ciudad-Rodrigo que le cerró sus puertas, se había encaminado á su destino, á reforzar en el Tajo el cuerpo de ejército del mariscal Víctor. Si fuerza tan considerable sirvió al duque de Bellune para desechar los recelos que comenzaba á tener respecto á sus comunicaciones con la orilla derecha de aquel río caudaloso, la división Lapisse, inmediatamente establecida en Alcántara, quedó allí como sujeta, también, por el temor que infundían las noticias de Portugal y la necesidad de mantener el importantísimo puente de aquella ciudad, por donde podrían envolverse las posiciones francesas del Guadiana. De modo que el refuerzo que se esperaba para acometer la marcha á Sevilla, empresa entonces posible en concepto del Mariscal y de José Napoleón, quedaba paralizado por una de tantas atenciones como embarazaban la acción de los franceses en la guerra de la Independencia. y, en este caso, la de observar la frontera de Portugal, la de impedir la concentración de los guerrilleros del Tiétar, la de someter las fortalezas de la frontera entre Badajoz y Alcántara, y cien otras que tendrían allí como clavado al primer cuerpo de ejército.

Porque, como dice M. Thiers, *el movimiento de avance del general Sebastiani y del mariscal Victor sobre Guadiana era más bien un aumento de dificultades que una ventaja*. La necesidad de ocupar una vasta extensión de territorio para sacar fruto de la victoria, y la de sostener las comunicaciones con el centro militar y político de la nación, disminuían, mucho más que los combates, las fuerzas del ejército invasor; y, al día siguiente de un triunfo, al parecer decisivo, ese ejército se

veía en la imposibilidad absoluta de avanzar más y con dificultades insuperables hasta para mantenerse en el terreno conquistado (1).

Ya lo comprendieron así los generales franceses y su mismo flamante soberano; y, en vez de continuar sus operaciones ofensivas contra la región tan deseada del Guadalquivir, hubieron de mantenerse, por el pronto, inmóviles, ocupados en la penosísima tarea de procurarse la subsistencia indispensable de sus tropas, emprender, luego, el camino de las negociaciones, que muy pronto haremos conocer á nuestros lectores, y, por fin, el de la retirada á que sus propios errores les obligaron y la constancia y el valor de sus adversarios.

1810

CONTINÚA EL SITIO DE BADAJOZ - RENDICIÓN DE LA PLAZA

El sitio, sin embargo, seguía el curso fatal que todos los de su clase cuando la plaza no tiene para su apoyo un ejército dispuesto á socorrerla en sus momentos críticos. Las obras de los franceses, construídas de noche y al abrigo de tanta y tanta batería como iban dejando á sus espaldas, llegaban ya al camino cubierto que coronaron los sitiadores la noche del 1.º al 2 de marzo. Inmediatamente se alojaron allí levantando traveses á derecha é izquierda del saliente del camino cubierto frente á la luneta de los baluartes, tantas veces citados, de San Juan y Santiago, que, examinada, apareció no estar revestida ni en estado de defensa, con lo que emprendieron la obra de una mina por donde atacar y destruir la contraescarpa. Aún comenzaron la construcción de un caballero de trinchera á la zapa doble en que establecerse sólidamente; pero el fuego de la plaza, el de 15 morteros en particular que se situaron en la cortina de aquellos baluartes, les impidió ejecutar aquel trabajo, sin que el de todas las baterías enemigas lograran desmontarnos una sola pieza.

(1) En las Memorias manuscritas del mariscal Jourdan, el mismo mayor general del rey José que firmaba la orden del 2 de Abril á que hace poco nos referimos, se encuentra el párrafo siguiente que nos ha transmitido M. Thiers. «En otras partes de Europa, dos batallas como las de Medellin y Ciudad-Real hubieran producido la sumisión del país, y los ejércitos victoriosos habrían podido continuar sus operaciones. En España sucedía lo contrario: cuanto mayores eran los rebeses sufridos por los ejércitos nacionales, más dispuestas se mostraban las poblaciones á sublevarse y tomar las armas, y, cuanto más terreno ganaban los franceses, más peligrosa se hacía su posición».

Esto lo hemos dicho nosotros más de cien veces: pero bueno es hacerlo constar, aun á riesgo de fatigar la atención del lector con tantas repeticiones, cuando procede de los que incesantemente y sin descanso trabajaron por la sumisión, siempre inasequible para ellos, de nuestra patria,

Menacho continuaba en su sistema acertadísimo de las salidas; y al amanecer del día 2 hizo desembocar por la puerta, siempre amenazada, del Pilar dos compañías de granaderos y una de tiradores del regimiento del Príncipe, más con el objeto de oponer el suyo al fuego de la gente que apostaban los franceses contra nuestros artilleros que con el de destruir sus obras del camino cubierto. Por más que los cronistas imperiales traten de quitar importancia á aquella embestida de los sitiados, haciendo ver á estos rechazados, con pérdidas considerables y la de cuantos útiles habían logrado arrebatarse á los sitiadores al ocupar sus obras, no es menos cierto que nuestros valientes, al retirarse en presencia de los numerosos refuerzos con que las reservas francesas acudían en socorro de los suyos, se llevaron á la plaza muchos de aquellos útiles como trofeos de su hazaña. Desvanece toda duda en ese punto el parte de Menacho, último de los suyos de que se tenga noticia. Por lo mismo y para que por su lectura pueda calcularse la veracidad de los historiadores franceses, aun la de los mismos testigos presenciales de sus campañas, insertamos aquí íntegra la relación del insigne gobernador de Badajoz. Dice así: «El día de hayer (2 de marzo) ha sido uno de los más felices de nuestra época. Al amanecer salieron las dos compañías de granaderos del regimiento del Príncipe, y la de sus tiradores; su objeto era cubrir el frente atacado para contrarrestar á los tiradores enemigos que se empleaban en incomodar al artillero, y yo hago lo propio.

Al ir á llenar su comisión, se hallaron el camino cubierto ocupado y lleno de cestones; con esa novedad acudió á mí su comandante, preguntando qué harían; contesté que le flanquease, y se arrojase sobre sus trabajos; y fué esto executado tan completamente, que apenas tuvo tiempo el enemigo para huir, por consiguiente nos apoderamos de todos sus útiles, que he pagado á veinte reales por pieza, con lo que sacaron un buen jornal. Asimismo he concedido el grado inmediato á todos los oficiales, y un escudo de ventaja y otro de distinción á todos los sargentos, cabos y soldados.»

¿Se puede desmentir aserto que lleva detalles tan precisos y elocuentes?

Y no acabó con eso la función de aquel día, porque á las pocas horas arrojaba la plaza una bomba que, volando el repuesto de una de sus baterías, la deshizo puede decirse, y, por supuesto, acalló sus fuegos.

Tan verdadera es la relación de Menacho y tal y tan afortunado fué el golpe de mano dado por los granaderos y tiradores del Prínci-

pe en su salida del 2, que al día siguiente emprendió la guarnición otra de más graves y gloriosos y transcendentales resultados. Ya en esa no se atreven los franceses á negarlos como en la anterior; no pudiendo ni aun disimularlos por las consecuencias á que dieron lugar para la persecución, urgentísimas en ellos, de un sitio tan obstinado ya y largo.

Vereficóse á las cuatro de la tarde del 3 con igual número, poco más ó menos, de hombres que en la anterior y con tal resolución y empuje que llegaron sin que nadie lograra detenerlos hasta las dos baterías recientemente levantadas contra la cara derecha del baluarte de San Juan. Los trabajadores y la guardia de las dos baterías, muy próximas una á otra en la paralela, se entregaron á la fuga, aun siendo tan pocos los que las asaltaban, abandonándolas á éstos que, así, pudieron clavar desahogadamente 12 ó 13 piezas de las con que estaban armadas. Pero aquel éxito, tan brillante como rápido, no podían con tan pocas fuerzas ni prosperar más ni alargarse á mayores resultados. Los franceses de la paralela acudieron al riesgo con las demás guardias de trinchera, con todos los obreros armados más inmediatos y con tropas de refresco cuya acción era á los nuestros imposible contrarrestar. Hubieron, pues, de retroceder los soldados de la plaza al camino cubierto, no pudiendo penetrar en las obras del coronamiento del mismo que los sitiadores, zapadores, minadores y artilleros que las ocupaban, defendieron fácilmente.

Pero si ese resultado, feliz y todo en un principio, era de prever, ya que no se había buscado con medios suficientes para obtener otro mayor, lo hizo más doloroso la catástrofe á que dió lugar. Porque Menacho que presenciaba la salida desde el citado baluarte de San Juan para darla calor y dirigirla, sin que le arredrara ni le aconsejase buscar punto más resguardado el infernal fuego que rompieron inmediatamente todas las baterías enemigas, fué alcanzado por una bala de metralla que lo derribó muerto.

La posteridad, ha hecho justicia al mérito de Menacho; y el ejército de Extremadura, que en 1852 colocó una lápida conmemorativa del héroe en el sitio de su muerte, ha erigido en 1893 un monumento sencillo y elegante en substitución del humilde y antiestético levantado en 1864 en el baluarte de Santiago, para estímulo generoso de los generales que algún día sean llamados á mantener enhiesta la bandera de la Patria en los muros de la gloriosa capital de Extremadura.

Sucedió á Menacho en el gobierno de Badajoz el brigadier D. José de Imaz, persona de valor probado y de ya larga historia militar.

Los franceses, pudieron sin más obstáculos que los del fuego de la plaza acabar sus preparativos, urgentísimos ya, puesto que les había llegado la noticia de la retirada de Massena de las líneas de Torres-Verdras, haciéndoles temer la aparición de algún grueso destacamento del ejército aliado dirigido por Lord Wellington en socorro de Badajoz. Así es que durante la noche del 9 abrió el fuego la artillería francesa y al salir el sol la mañana del 10 se veían caer al foso el revestimiento y el parapeto del trozo de cortina atacado en un espacio de 25 á 30 metros, dejando abierta y practicable, hacía las nueve, una brecha todo lo anchuroso que se consideró necesario para proceder al asalto. Cada salva de la batería francesa derribaba un mundo de piedra y tierra del imperfecto muro contra el que se dirigía, y era una granizada de bombas y granadas la que caía en las ruinas, destinada á allanarlas. El fuego de la plaza, nutrido y todo, según hemos dicho antes, fué amortiguándose hasta revelarse ineficaz para arrostrar el huracán que muy pronto le impondría el silencio de la impotencia.

Antes, sin embargo, de emprender el asalto, para el que se hallaban formadas en la paralela las tropas que debían practicarle á las órdenes del general Pepín, Mortier dirigió al gobernador de la plaza la intimación, de costumbre en tales casos, para que se rindiese con cuantas condiciones creyera más honrosas y él pudiera concederle, felicitándole á la vez *por su hermosa y larga resistencia*.

Nada puede explicar lo que, oído el mensaje de Mortier, sucedió en Badajoz como el oficio en que el general Imaz lo hizo saber al Gobierno. Héle aquí: «Con el más justo sentimiento anuncio á V. E. que el mariscal Mortier acaba de intimar la rendición á esta plaza: abierta brecha con más de 32 varas de ancho, y practicable ya para un asalto, adelantaba mis obras con bastante aceleración; pero la grande extensión de la cortadura del frente atacado, no permite la terminación de la segunda línea en muchos días: esta razón y la de no tener un punto de retirada, me han hecho convocar á los generales, cuerpos facultativos de artillería é ingenieros, y jefes principales de los cuerpos que cubren este recinto, quienes instruidos del papel parlamentario, votaron la mayor parte debía capitular la plaza con todos los honores, según prueba el papel núm. 1.º A pesar de esto hice los mayores esfuerzos para seguir la defensa hasta perder la vida, pero se me opusieron, haciéndome ver que ésta podía durar lo más dos días, y con ella perdía á un pueblo que ha manifestado generosidad, y á una valiente guarnición que se ha portado bizarramente: con estos obstáculos me he visto en la dura precisión de capitular en la forma que indica la co-

pia núm. 2.º Por último, debo recomendar á V. E. los jefes, oficiales y soldados que han permanecido en este sitio cuarenta y cinco días sin descanso. Su valor ha dado pruebas nada equívocas de la gran parte que se tomaban por el bien de la patria, y espero que V. E. recomendará á la superioridad muy particularmente su mérito. —Dios guarde á V. E. muchos años. —Badajoz 11 de la noche del día 10 de marzo de 1811.—Excmo. Sr.:—José de Imaz.—Excmo. Sr. D. José de Heredia.»

Aquel consejo de guerra fué, con efecto, tal como lo describió Imaz en el documento á que aludía en su comunicación. El comandante de ingenieros creía, por el estado de la plaza y de la guarnición necesaria para su defensa, que sólo podría prolongarse ésta por dos ó tres días. Votó, sin embargo, por intentarlo si hubiese evidencia de que serían socorridos en aquel tiempo. El de artillería aconsejó que se probara un asalto ó el abrirse paso hasta el cuerpo de ejército más inmediato ó á las plazas vecinas. De esta misma opinión fueron el teniente general D. Juan José García y el mariscal de campo D. Juan Mancio, llamados también á tan triste asamblea. Los jefes de los cuerpos de la guarnición, fundándose en los datos aducidos por el comandante de ingenieros, votaron todos por la capitulación con las condiciones más honrosas para la tropa y la de una seguridad completa de los intereses de la población. Pero lo extraordinario, lo que más llamó la atención en aquellos momentos y mereció luego los comentarios más variados fué el voto del general Imaz, en un todo conforme con el de sus compañeros jerárquicos allí presentes y el jefe de la artillería de la plaza. «A pesar, dijo, de no tener formada nuestra segunda línea de defensa, con muy pocos fuegos en las baterías de Santiago, San José y San Juan, y ningún apoyo para sostener el asalto, soy de parecer que á fuerza de valor y constancia se defiende la plaza hasta perder la vida.

El resultado del que se celebró en Badajoz fué la entrega de la plaza saliendo las tropas de ella con los honores de la guerra, tambor batiente, mecha encendida y con dos piezas de campaña á la cabeza de la columna que, como prueba de la consideración que la guarnición había merecido á los duques de Dalmacia y de Treviso por su bizarra defensa, salió también por la brecha. Así lo consigna la tercera de las cláusulas de la capitulación, en la que se añadía que las tropas rendirían las armas sobre el glasis para después ser conducidas prisioneras de guerra á Francia.

(De *La Historia de la Guerra de la Independencia*, por el general D. José Gómez de Arteche y Moro.)

Los extremeños de tierra de Serena en la guerra de la Independencia.

INTRODUCCIÓN



SE descorrió el velo; apareció la verdad desnuda; Napoleón obraba arteramente; los ejércitos franceses que cautelosos so capa de amistad, habían ocupado las plazas de Figueras, Pamplona, Barcelona y San Sebastián, no venían á auxiliar las operaciones contra Portugal; los planes maquiavélicos del ambicioso guerrero francés cayeron por tierra, fueron conocidos de los españoles. La conducta artificiosa y solapada del embajador Mr. Beaucharnais y la descaradamente tiránica de Murat, hizo ver al pueblo de Madrid que se trataba de uncir al triunfante carro de Francia la hidalga nación española.

A esta altura los ánimos estalló la gran conflagración, la sangrienta jornada del 2 de Mayo de 1808, que enfureció á los altivos hijos de Pelayo y Rojer de Lauria y el Cid y Hernán Cortés y Gonzalo de Córdoba. Si, aquellos bravos astures que desde las escarpadas montañas de Covadonga batieron la raza agarena, aquellos indomables aragoneses y catalanes conquistadores del Oriente, aquellos intrépidos extremeños y andaluces domeñadores del Occidente, sintiéronse hollados por la altanería y perfidia francesa y acorrieron presurosos á empuñar las armas para defender la cara patria mancillada en mal hora por el coloso soldado de Francia. Desde el áspero y nevado Pirineo á las márgenes floridas del Betis resonó el fiero grito de venganza y guerra contra el Atila de las Galias.

Llegó á Extremadura la noticia de la hecatombe del aciago 2 de Mayo. El pueblo extremeño no desmintió su historia; los leales sostenedores de Isabel la Católica y Fernando V, quienes tanto les debieron en la consolidación de la monarquía castellana-aragonesa, los nobles

hijos de Extremadura que hicieron del soberbio monasterio de Guadalupe palatino centro político, donde se conjuraban hábilmente las revueltas que trajo á España la Beltraneja, asegurando el solio de la conspicua y bondadosa Isabel; los moradores de la tierra entre Tajo y Guadiana que sostuvieron dos centurias cruda guerra contra el fronterizo musulmán, y convirtieron el jeronimiano convento de las Villuerzas en otro inexpugnable Covadonga, en firmísimo baluarte de nuestra reconquista; los del extremeño suelo, ajenos á la vida de mar por su central topografía que con sin igual arrojo cruzaron los oceanos y sojuzgaron el Nuevo Mundo; los habitantes de tierra de tal y tan brillante historia también cumplieron como buenos en la titánica lucha contra los vencedores en Marengo y Austerlitz.

Brotaron héroes á millares en todos los pueblos de España; dejóse la pluma por la espada, el cayado por la lanza, la manquera por el fusil, diéronse al olvido todos los quehaceres, todos los oficios se convirtieron en oficios de guerra. ¡Ah!, si, aquel genio militar de la Francia, estratégico sin par, aspirante á emperador de todo el occidente cual otro Carlo Magno; aquella grandiosa figura, aquel émulo de Alejandro, Aníbal, Cesar y Carlos v, que subyugó el Austria en Ulma, Prusia en Jena y Rusia en Austerlitz, aquel guerrero ilustre digno de loa por sus marciales campañas encendió en ira al valiente pueblo español con su ambición torpe y desenfrenada.

Extremadura dió á la patria en aquella gloriosa epopeya esforzadísimos varones. El obispo de Orense D. Pedro de Quevedo y Quintano, de Villanueva del Fresno, que se negó á asistir á las Cortes de Bayona y *urbi et orbe* declaró á la faz de la Europa la perfidia del emperador de los franceses en un enérgico manifiesto que vivirá en tanto exista la idea de patria. El egregio teniente coronel de ingenieros don José de Gabriel, que entró á morir lidiando en la batalla de Gévora y estando á punto de dar muerte al duque de Aremberg, al que tiró una estocada, pereció con la voz de *fuego* en los labios entre los enemigos por no consentir que le viese fugitivo el mismo campo que le dió cuna. Los ilustres emeritenses Eras y Campos, peritos ingenieros militares; D. Alonso Maria Vera y Pantoja, regidor perpétuo de Mérida, presidente de la Junta de Salvación y defensa de dicha ciudad, más tarde diputado en las Cortes gaditanas que logró de la Regencia del Reino restableciera el batallón de voluntarios de Mérida; D. José María Calatrava que, acaso excediendo á sus paisanos en patriotismo, acorrió presuroso á instalar la Suprema Junta de armamentos y defensa de Badajoz.

El teniente general segundo marqués de Monsalud, de Almendra-
lejo, encargándose de la organización de las tropas extremeñas; el bri-
gadier D. José Mena y Jiménez, de Zalamea de la Serena, miembro de
la Junta de defensa de Badajoz, creando y mandando el batallón de
Llerena, y gastando de su peculio no escasos miles en organizar estas
fuerzas; D. Manuel Alvarez, de Zafra, diputado doceañista que formó
la milicia de Zafra y se puso al frente de ella; el más tarde general In-
fante, paisano del obispo de Orense, que ganó los galones de capitán en
la batalla de la Albuera; el guerrillero D. Alonso Muñoz, de Cabezue-
la, que al frente de su partida de 150 hombres, puso en aprieto al ene-
migo en la provincia de Cáceres; el miembro de la Junta de Badajoz
D. Fructuoso Retamar, de Guareña, que sostuvo de su peculio extre-
meñas tropas; el intendente general D. Carlos Margues y Rodríguez, de
Badajoz; el brigadier D. José Pacheco y Grajera, de Llerena, al mando
del regimiento provincial de Badajoz; el oficial de artillería D. Rodrigo
Sánchez Arjona, de Frejenal; D. Juan Campos de Orellana y D. José
María Peralta, de Don Benito, coronel el primero y sargento mayor el
segundo del batallón de la Serena; D. Juan de Gante y Salcedo, te-
niente coronel, los capitanes D. Diego Valdivia y D. Vicente García
Mora, de Cabeza del Buey; el capitán de caballería luego brigadier don
Francisco Becerra, de Medina de las Torres; el médico Director de los
baños de Alanje D. Pablo Montesino que como médico militar asistió
á la campaña voluntariamente; D. Galo Díez Madroñero, de Cabeza
del Buey, coronel gobernador y justicia mayor de Villanueva de la
Serena y su partido, herido varias veces en acción de guerra contra
los franceses; Pato y Ruíz, de Alburquerque, que regó con su sangre
el Parque de Madrid; aquel heróico estudiante de medicina, de Brozas,
D. Francisco Jara y Pico, que sucumbió al lado de Daoiz y de Velarde
el memorable 2 de Mayo, y otros cien y cien ínclitos extremeños, pro-
lijo enumerar, que demostraron en aquellos azarosos días como se
muere por la dignidad é independencia de la patria.

Al lado de aquel heróico Menacho que herido del muslo y apoya-
do sobre el hombro de su sargento de ordenanzas impávido reconocía
las murallas de Badajoz y rendía su vida al plomo francés, corriendo
parejas con aquel sublime anciano teniente de artillería D. Miguel Pon-
turvel, que teniendo perdidas de bala de cañón las dos piernas y un
brazo en el sitio de Badajoz, expirante exclama: «¡Viva la patria!, con-
tento muero por ella»; junto aquel valiente ayudante de estado mayor
D. Emeterio Velarde, que gravemente herido en los campos de la Al-
buera, dijo al expirar: «Nada importa que yo muera, si hemos ganado

la batalla»; debemos los de extremeña tierra poner al denodado brigadier D. Francisco Venegas Saavedra, de Zafra, que á la cabeza de la vanguardia del ala derecha peleó bizarramente en la gloriosa batalla de Bailén; que gobernador en Cádiz á los emisarios del rey José, teniendo un numeroso ejército enemigo próximo á la ciudad, impertérrito le contestó: «la ciudad de Cádiz, firme siempre en los principios de su juramento, no reconoce otro rey que al señor D. Fernando VII», el brigadier Venegas que á la carta del general Sebastiani llamándole al partido francés responde con estas tan enérgicas y patrióticas frases: «...lejos de creer yo que la divinidad puede proteger como me lo aseguráis una causa tan injusta, confío por el contrario que su inalterable justicia se declarará siempre por la guerra más sagrada que puede encontrarse en la historia de los pueblos y cuyos favorables anuncios empezamos ya á ver realizados. Destinado por el Supremo Gobierno á capitanear á mis compatriotas en tan sagrada lucha, *será siempre mi resolución la de salvar á mi patria ó perecer con ella.* Cuartel general de Santa Elena 5 de Mayo de 1809.»

Extremadura mandó á las Cortes gaditanas memorable asamblea que en aquellos aciagos días mantuvo el sagrado amor á la patria, varones preclaros del temple y letras de Luján, notable hijo de Castuera; de Fernando Golfín, de Almendralejo; Riesco, de Llerena; Calatrava, de Mérida, y aquel venerable rector de la Universidad salmantina don Diego Muñoz Torrero, de Cabeza del Buey, modelo de virtudes cívicas y *alma mater* de aquel congreso de egregios españoles que todos á porfía con patriótico celo y constancia inquebrantable sirvieron de antemural firmísimo contra la insolente irrupción de las huestes del ambicioso capitán de las Galias.

Extremadura se batió heroicamente contra las legiones francesas. Extremadura dió á aquella campaña insignes generales y soldados insignes; Extremadura levantó aquel sencillo monumento en el que aparece grabada tan concisa como elocuente inscripción: «*Albuera; á los valientes de 16 de Mayo de 1811.*»

Extremadura por boca de uno de sus preclaros hijos el orador grandilocuente canónigo D. Antonio García Bermejo, natural de Zarza-Capilla, en presencia de SS. MM. en la Capilla Real exaltó el martirio de los héroes del 2 de Mayo en aquella la primera y hermosa oración fúnebre que se pronunció en loor de las víctimas inocentes que inmoló el implacable Duque de Berg.

Extremadura cantó las glorias de nuestro ejército y de la lira del poeta badajocense D. Emilio Olloqui brotó aquella soberbia oda á la

victoria de Bailén, premiada en 1850 por la Academia española, en la que brillan estas tan sentidas estrofas:

«Tal fué, patria querida,
 Tu inolvidable lid contra la Francia,
 Bailén la vió rendida
 Mas ¿quién á su arrogancia
 Quebrantó la cerviz? Tu alta constancia
 Sí: La constancia
 Que sepultó en las márgenes del Darro
 Por siempre la morisma
 Rompió cual fragil barro
 Del domador del mundo el ciego carro.»

Y el egregio vate de Almendralejo, el gran Espronceda, divulgó de oriente á poniente y del septentrion al mediodía las inmarcesibles glorias del pueblo español con su estro irrefranable en aquellas aladas estrofas:

¡Héroes de Mayo! Levantad las frentes
 Sonó la hora y la venganza espera;
 Id y hartad vuestra sed en los torrentes
 De sangre de Bailén y Talavera.
 Id, saludad los héroes de Gerona
 Alzad con ellos el radiante vuelo
 Y á los de Zaragoza, alta corona
 Ceñid que aumente el esplendor del cielo.

NICOLÁS PÉREZ JIMÉNEZ.

C. de la Academia de la Historia.

(Se continuará.)

SU PRIMER BAILE



CONFIESO, dijo mi joven amigo, arrellanándose en la butaca y mirando al espacio, con esa vaguedad de quien recuerda algo tan claramente que parece perseguir en el aire las siluetas retenidas en su pensamiento con brillante colorido. Confieso que á los diez y ocho años aún no había visto un baile de máscaras, confesión que entonces me hubiera sido costosa de hacer por creerlo denigrante para mi personalidad que yo deseaba vestir y adornar de cierto barniz de picaresca malicia y maleantes conocimientos, como mérito que hiciera resaltar aquilatando mi valer, pero así era.

Mi madre, viuda en lo más florido de su edad, dedicó á los cuiados de mi niñez y luego á las atenciones de mi juventud su vida entera, y como á pesar de ser aún entonces joven y hermosa, su carácter religioso y algo anticuado—este es el modo con que yo designaba las rectitudes de su carácter—se oponía de un modo terminante á esa diversión; no me fué posible convencerla jamás y que me dejase asistir á uno de ellos, lo que constituía un hermoso sueño para mí, revisitiéndolo de goces extraordinarias; tanto es que según le decía, me contentaba con ver uno solo.

De él pensaba sacar tantos recuerdos, que en lo sucesivo llenáran mis horas de aburrimiento.

Mi madre—cuando esto le hablaba—se ponía seria y yo leía en su negativa el profundo disgusto que mi petición tan continua como débilmente formulada le causaba; pero llegó un carnaval y por casualidad que la buena fortuna me deparó, una amiga suya á quien tenía especial afecto, se hallaba algo enferma y sola, por lo que reclamó para aquella noche, domingo de carnaval, su asistencia y compañía; mi madre, tan cariñosa siempre y dispuesta á prestar la ayuda de su caridad á cuantos se la pidieran, decidió ir, y después de dejarla en la puerta de la casa de su amiga, me dirigí á la mía; pero pronto cambiaron mis ideas, pues el ir y venir de máscaras que desfilaban á mi lado, hizo que variase de pensar. ¡Aquella noche era libre! mi madre no volvería hasta por la mañana y la criada que me había visto nacer y tapaba todas mis travesurillas de estudiante, no dejaría de ocultar aquella picardigüela, después de todo inocente; pues un baile de más-

caras no es cosa vedada para nadie, y sólo mi madre exagerada en sus temores y cuidados, lo podía ver peligroso. ¡Qué felicidad!

Aquella noche se verían colmado mis deseos, iría al deseado baile, guardaría en mis recuerdos aquel derroche de alegrías y dichas indelebles y hasta la experiencia comenzaría á jugar un papel en las sose-rías de mi vida.

Aprendería ¡eso es! y la experiencia madre de la sabiduría me guardaba sus dones de ciencia moral y social.

Aligeré el paso y pronto llegué á nuestra morada después de salvar á saltos los sesenta escalones que la separaban de la calle. Dije é hice cuatro cariños á la pobre vieja que me adoraba y después de sacarme al espejo la raya muy derechita, de ponerme la más alegre corbata y el esmokin—que por suerte me había hecho hacia poco para asistir á una solemnidad mitad estudiantil, mitad religiosa, sali de casa palpitándome el corazón de contento y también debo añadir de inquietud, pues esto es inherente á la primera escapatoria. No hay para qué decir que llegué pronto á la puerta del teatro de la Zarzuela donde había visto anunciado un baile, tomé el billete y después de echar una rápida mirada á mi traje negro y pasar la mano por el pelo y la flamante corbata, entré en aquella mansión de mis sueños.

Indudablemente no me había equivocado; el aspecto que presentaba era precioso, ensordecedor, espléndido. El teatro parecía un jardín, adornados sus palcos y plateas con elegantes guirnaldas de flores, detrás de las cuales otra de lindísimas mascaritas—yo me las figuraba á todas lindísimas—lucía y se agitaba y confundía como se mecen, se agitan y se confunden en un día de viento las rosas, los nardos y las violetas, que se acercan al impulso de éste como aquellas graciosas cabezas adornadas de todos colores enhiestas sobre trajes palí cromos también, se agitaban, se movían, se acercaban y separaban con los movimientos propios de la alegría. En cuanto al ruido sobrepujaba á cuanto de él hubiera podido suponer. ¡Qué chillería! voces agudas, voces robustas y roncadas, voces gangosas, voces atipladas; todas las notas y todos los tonos del timbre humano, disonantes, revueltos, confundidos estrechamente, formando uno solo, confuso, ensordecedor, palpitante en el aire, donde se aspiraban ardientes todos los perfumes que embriagaban y marcaban como la luz que despedían focos y bombillas á cientos. ¡Ya era feliz! Aquello sobrepujaba á todo lo que había soñado en cuanto á su presentación; después esperaba hallar en los incidentes que se preparaban los gratos recuerdos para el porvenir que me harían salir de aquella mansión de dichas, satisfecho, repleto, ahito de cuanto prometía y prodigaba.

Nadie había reparado en mí durante la inspección que hice pasando mis miradas por palcos, fila de lunetas y mujeres que en grupos, solas ó asidas del brazo de sus galantes caballeros paseaban por el patio charloteando

En aquel momento, la orquesta empezó á tocar un vals y las que ya marchaban por parejas se precipitaron unas en brazos de otros, empezando el baile con vertiginosa rapidez; mientras las que paseaban

solas sin duda aguardando pareja para aquel momento, se lanzaban á escape en su busca y los grupos se deshacían á empujones dados por los que tan rápidamente valsaban.

Yo miré á un lado y otro buscando también una mascarita que me diese su mano y me permitiese abrazar su talle para entrar en aquel torbellino; algún pisotón había de llevar mi linda pareja, hijo de mi inexperiencia en aquellas cosas; pero ya me escusaría yo lo mejor que pudiera y bailaría lo mejor posible también.

En aquel momento en que me disponía á la busca y captura de mi ansiada mascarita, ví dirigirse á mi un capuchón azul, no llegaba muy apresurada y las curvas de su cuerpo me parecieron ligeramente abultadas; pero su aire era elegante en extremo y llegó á mí gallardamente.

—¿Cómo tan solo?— me dijo—asiendo mi brazo con el suyo que me pareció sentir temblar ligeramente, así como la voz con que muy quedo me hacía la pregunta.—Iba á buscarte, le contesté, con la voz tampoco muy segura, al sentirme comprometido en mi primera aventura.—¿Luego, me conoces? dijo ella mirándome á través de las aberturas del antifaz azul como el capuchón que le cubría, y por cierto que aquellos negros de mirada dulcísima, me parecieron fascinadores y así debían ser, pues por extraña atracción me sentía como dominado por ella y hasta se me antojaba que los había visto, que los había sentido ya antes, no sabía cuándo ni dónde.

Te buscaba, sí; aun cuando no estoy cierto de conocerte y escudriñaba cuanto me era posible aquel apretado capuchón que cerraba por completo el rostro y procuraba ver por entre el hueco de la boca los labios de rosa que debían hallarse tras él. Te buscaba—repetí—porque estoy seguro que al verte, me hubiera dirigido á tu lado, y la prueba es que pasando mis ojos por encima de toda esa multitud de mujeres, no encontré ninguna de mi agrado hasta que te he visto llegar.

—Simpatía sin duda.

Simpatía ó atracción, como quieras llamarlo que ejerce siempre la belleza.

Muy galante eres—dijo la máscara riendo—no creí que fueras tan versado en la cortesanía.

¿Luego, me conoces?

—Quizá.

—Dime quién eres.

—Bah, estoy segura de que en este momento no te acuerdas de mí.

—Pues levántate en poquito la careta, nada más que un poquito; verás como recuerdo en seguida donde he visto esa hermosura, que indudablemente vivirá tanto en mi corazón como en mi pensamiento.

Volvió á reír la máscara al escucharme, y sin hacer caso de mis palabras, me preguntó: ¿Y qué tal hallas tu primer baile?

Sentí que me ponía colorado hasta lo blanco de los ojos, al oír su pregunta, y casi me hubiera parecido ofensiva de no haber sido hecha con tanta dulzura. No es mi primer baile—contesté—éste, en que tengo la dicha de hallarte, he venido ya á varios—dige orgullosamente—eres por lo visto más encantadora que adivina.

—Pues si es así, solo te pregunto qué te parece.

—Delicioso. ¿No estás tú á mi lado?

—Prescinde ahora de mí y dime la verdad ¿qué te parece?

—Como no puede ser por menos, como á tí sin duda un espectáculo hermosísimo; una fiesta fascinadora que dejará eternos recuerdos y llegaba á mi manía de los recuerdos.

—Muchas veces sí, eternos; pero algunas otras eternamente desagradables.

—Serán las menos.

Cuando en ellos no se compromete la fama y la tranquilidad, los halla el pensamiento en la bruma del pasado y los celebra con una sonrisa de los labios sin que interese para nada en las profundidades del alma; ésta no busca sus sensaciones ni las halla en el torbellino de los bailes; son pues, de este modo, recuerdos sin savia y sin raíces.

—Eres profundamente moralista—y queriendo variar aquella conversación que me parecía extraña para el lugar y mis anhelos de placer, le dije; pero supongo que te cansas de pasear, mi linda mascarita. ¿No te parece que bailemos un poco? El vals está en su apogeo.

—Como gustes.

Tomé la enguantada mano que me tendía la máscara y pasando al rededor de su cintura mi brazo, nos lanzamos en el torbellino del baile. Allí conocí mi impericia; por dos ó tres veces mis pies encontraron demasiado fuertemente los de mi pareja que sufrió impasible el pisotón achacándolo á las apreturas en que nos hallábamos.

En efecto, por todas partes nos oprimían y chocaban con nosotros las otras parejas y yo me encontraba rendido y sofocado aun cuando no hubiese tenido la franqueza de confesarlo así por todo lo del mundo; pero fué muy grande mi satisfacción al oír decir á mi pareja:

—¿No te parece que descansemos un poco?

—No tengo más deseo que complacerte—le dije—y en verdad que aquella complacencia me era sümamente grata.

Descansaremos en el ambigú ¿verdad? Lo del ambigú hormigueaba en mí, desde que tuve la satisfacción de encontrar ó que me encontrara mi pareja, me parecía inseperable de un baile. Siempre había leído en todas las descripciones de ellos, la escena del ambigú, é indudablemente sin eso no se me hacía tan emocionante, tan sugestiva como debía ser para mí indudable conquista.

—Como quieras, hijo mío—su voz que se elevó algo al decir esto, sonó en mis oídos con tan extraña inflexión, que me incliné vivamente, á pesar mío, para mirar á través de los agujeros del antifáz los ojos de mi compañera; ésta en aquel momento bajaba los párpados, unos párpados blancos y suaves como las alas de una mariposa, y al alzarlos un instante después, pude admirar las sedosas pestañas negras, que tropezaron en los bordes de los huecos.

Es preciosa, pensé, y cada vez más satisfecho de mi aventura que empezaba llevándola siempre del brazo, la saqué del salón y nos dirigimos al ambigú.

Todavía no habíamos llegado á él, escuchamos locas carcajadas, allí la alegría debía llegar á su colmo. Entramos al fin, sintiendo yo que el brazo de mi pareja se estrechaba á mí con más fuerza y la respiración que levantaba suavemente su pecho, más agitada. Me apresuré á presentarle una silla junto á la mesa más cercana á la puerta, pues ante ella se detuvo mi desconocida como deseando entrar lo menos posible y palmoteé llamando al mozo, mientras en mi interior pedía á Dios y todos los santos que mi máscara no fuese muy pedigüeña; pues todo mi capital llegaba escasamente á tres duros.

Por fortuna era sin duda fácil de contentar y se contentó con poca cosa, que apenas si probó. Yo pedí cognac, ron después y algo suavito por el estilo. Era preciso acreditar me de intrépido y de tronera, cosa muy recomendable á mi entender entonces, por más que esos licores se llevaran detrás mi garganta y de que no fuera más que un buen muchacho; pero aquella mujer era sin duda mi hada buena, porque me contenía en mis excesos y con la mayor dulzura me rogaba graciosamente, siempre hablando muy quedo, con voz suave y bajita que no bebiese por su amor. Y yo obedecía prontamente dejando casi intactas las copas servidas. Si abajo en el salón se hablaba y chillaba de un modo atronador, arriba donde nos encontrábamos, la gritería y las risas eran estruendosas por demás; mi pareja parecía mirar con miedo, yo con petulancia y como acostumbrado á tales lugares, miraba en torno mío. Allá en un rincón varios jóvenes con las ropas en desorden á fuerza de manotear y hacer movimientos propios de la embriaguez, parecían disputar acaloradamente; cerca de ellos un Pierrot y una Pierrobt hablaban gesticulando vivamente; más cerca de mí algunos hombres de frac con capuchón sentados cada uno de ellos junto á una mujer, levantaban la copa y brindaban con labio balbuciente, chocando las copas donde hervía el licor con las de aquellas que reían como locas y hablaban como delirantes. Una de ellas disfrazada de gata blanca, lucía sobre su cabeza dos pequeñas orejas que se levantaban á manera de cuernecillos y sobre ella acariciando la cabeza demente, pasaba la mano temblorosa por la borrachera, su compañero. A su lado una bacante con la frente coronada de pámpanos, levantaba la copa en alto y al vaciarse entre aquellos labios bermejos que reían, una gota roja como un rubí tembló un segundo en la comisura de la boca y luego bajando por el redondo mantón donde se marcaba un precioso hoyuelo, rodó hasta tocar el mórbido pecho y perderse, dejando una estela en él; las risas seguían y el delirio llegaba á su colmo; mi pareja volvía la cabeza y con voz en la que temblaba un sollozo y envolvía una súplica, me dijo:—No mires, no mires, eso envenena.—Dime ¿traerías tú aquí á una persona que quisieras? Dime la verdad. Sentí que mi lengua iba á pronunciar un no rotundo, pero la miré y sin saber qué decir sonreí tan solo. La risa es una evasiva de lo más socorrido. No—dijo ella—no la traerías, dímelo sin temor, llevo la cara cubierta y no puedes ofenderme, no sabes quién soy. Así era en efecto, pues á pesar de mis instancias para ello, aún no se había descubierto.

—Pero te ruego—siguió—que me saques de aquí donde se respira

un aire impuro. Tenía razón, el pecho se oprimía en aquel ambiente de insensatez y la atmósfera viciada dificultaba el acto biológico, velando el humo de los cigarros las lunas de los espejos que retrataban confusos los objetos y ponía un fanal nebuloso en las bombillas de luz.

En aquel instante una pareja en la cual no había reparado hasta entonces, se levantó violentamente de las sillas que junto á un velador ocupaban. Él parecía frisar en los cuarenta años y vestía irreprochablemente de frac y corbata blanca; tenía los labios carnosos y violáceos, los ojos grandes de mirada febril y abultados los párpados amarillentos como el rostro de color bilioso, aun en el estado de excitación en que se hallaba. Ella lucía un disfraz rosa, bordado de lentejuelas doradas, con los brazos y el busto exageradamente escotados y mostraba su cara descubierta arrebolada por el afeite y la ira, de que se hallaba poseída, solo notable por la mirada cínica y atrevida de los ojos.

—No te vas—le decía—forcejeando con él—me trajiste á pasar aquí la noche y ahora quieres irte, cuando ya no es hora de buscar otra pareja, y con acento despreciativo siguió diciendo: —¿Te asusta pagar el gasto, carpanta?

Estas palabras dichas con voz fuerte hicieron volver todas las cabezas hacia el lugar donde fueron pronunciadas y algunos curiosos se acercaron á ellos ávidos de un nuevo espectáculo al par que la concurrencia prorrumpía en fuertes carcajadas.

Furioso el *caballero* por la terca presión de aquellas manos de las que pugnaba en vano por desasirse, la empujó violentamente hacia atrás yendo á caer en el suelo la desgraciada—mientras él salía precipitadamente—y como la mujer levantándose al punto pareció dispuesta á seguirlo, fué sujetada brutalmente por los mozos del ambigú. Este espectáculo parecía ser allí de lo más natural del mundo, pues nadie dijo una palabra en defensa de la débil mujer y todos celebraron la caída con frases canallescás.

Mi pareja que no había pronunciado una palabra, me dijo entonces: —¿No te parece esto horrible? aquí donde se ultraja á la mujer, donde no se respeta ni se hace respetar quien tiene en el hogar el lugar más santo; donde se olvida á la madre y ofende á la esposa aun antes de tomar su mano, solo se pueden alcanzar salpicaduras de cieno, recuerdos de fiebre, de cansancio y nauseas; nunca los bellos saraos de paz augusta que sustenta la frente alta en la juventud y marca un destino venturoso y honrado para el mañana.

—Pero ¿quién eres tú?—le pregunté—trastornado por aquél estruendo, aquellas escenas tan fuera de mi centro y las palabras de la máscara.

Calló ella y yo llevado por su brazo enlazado al mío me dejé guiar y de nuevo nos encontramos en el salón. Si bullicio había á nuestra salida de él, me pareció aumentado entonces; era un intermedio de baile y las máscaras conservando unas el antifaz y otras descubiertas ya; sueltas, corretonas y saltadoras ó en parejas charlando más ó menos alto, discurrían pisando sobre una espesa capa de confetti ó se agitaban

en los palcos y chillaban en todas partes, abiertas las bocas, palpitando los pechos por el esfuerzo de la risa, altos los más de los brazos cuyas manos arrojaban serpentinas á diestro y siniestro, quedando unas colgantes del antepecho de los palcos donde llegaban zumbando al desliar su cinta y bajando otras enredadas en abigarrada red de colores ó liándose á las cabezas, á los cuerpos, á los brazos, como cadenas de locura. Y al mirar arriba ví á través de los tragaluces del teatro el tibio resplandor del día que llegaba.

Confieso que en aquel momento sentí ira contra la máscara que suavemente se sujetaba á mi brazo ó me sujetaba del suyo. ¿Dónde habían ido mis proyectos de placeres, dónde los recuerdos de satisfacción, de vanidad satisfecha que yo suponía haber hallado allí? Y como si la máscara tuviera el *don* de leer en lo íntimo de mi alma, me preguntó con su voz más dulce, con eco de murmullo poniendo la boca del antifaz casi junto á mi oído. — ¿Te pesa haberme encontrado? Me parece que estuve á punto de soltar un sí brutal que de seguro me hubiese pesado un momento después; pero era tan acariciadora la mirada, que veía fija en mí á través de los huecos de la careta, que cambió de golpe el hilo de mis pensamientos y dije de corazón: — Por el contrario, cada vez me alegro y me felicito más de haberte hallado, sobre todo ahora que se acerca el deseado y supremo instante de conocerte; porque supongo ha llegado ya la hora de que te descubras.

No sé que movimiento ligerísimo creí notar en el antifaz, así como un débil oscilar en su parte inferior que me hizo suponer una sonrisa bajo él; quizá ayudó á esta creencia fuera de toda seguridad el eco de la voz con que me contestaba: no te equivocas, se acerca el momento en que me veas la cara.

— Ya — dije — y aquella exclamación mitad involuntaria, mitad expresión triunfante de mi amor propio halagado, hizo desaparecer del todo las anteriores ideas y de nuevo tener por la más completa ventura de la tierra mi encuentro con ella.

— Mira — le dije, señalando al tragaluz con el gesto y la mirada — el día llega — y mi voz temblaba al decir esto.

— Te he dicho que vas á verme pronto, pero no aquí

— ¿No aquí? pregunté desconcertado — Luego...

— Sí, vamos á salir, el baile también llega á su término, ven.

Ella siempre sujetando mi brazo con el suyo, me llevó hasta la puerta del guardaropa, donde se detuvo diciendo: — Espérame un momento aquí ó ves á recoger tu abrigo; yo voy á ponerme el mío. Y diciendo esto subió ligera los escalones que nos separaban de la habitación y desapareció á mi vista.

¡Moverme yo de aquella puerta! ni soñarlo siquiera, á su salida correría á buscar mi gabán y sombrero en un instante con ella al ladito, eso es; después de todo no era galante hacerla esperar á su salida, si se adelantaba á mi vuelta. Aguardé.

En efecto; según había dicho mi pareja el baile tocaba á su término y multitud de máscaras invadió el lugar donde me hallaba entrando en el guardaropa. Pronto ví salir de él capuchones negros y de todos

colores, cubiertos en parte por los abrigos; pero entre los azules cuya vista hacía latir fuertemente mi corazón, no hallé mi linda pareja. ¿Por qué se retrasaba? La impaciencia sin duda hacía más largos aquellos momentos. Saqué el reloj y consulté su horario ¡eran las seis! La noche me había parecido un soplo.

A todo esto seguían pasando por mi lado las máscaras que salían del baile. Entre ellas ví á la gatita blanca del restaurant con el pelo desrizado y una de las orejitas lacia, caída hacia la frente, el rostro pálido donde se notaba la fatiga de la noche, los ojos amoratados, los labios descoloridos, dilatados por gesto de cansancio y el cuerpo encogido como invadido por el frío. Su acompañante la seguía abriendo la boca y abrochándose el cuello de pieles con gesto también de hastío y aspecto de enervante laxitud. Detrás venían otros grupos y máscaras sueltas; ellas desmelenadas; ellos, desalizado el traje, hinchados los párpados, sucias las lustrosas pecheras, mustios, macilentos, silenciosos y si hablaban dirigiéndose alguna palabra entrecortada, la voz sonaba seca, breve, sin modulación.

No pude menos de hacer una comparación entre ellas y yo, que resultó satisfactoria para mí y mentalmente dí las gracias al dominó azul que me había librado de tales excesos. Y seguí mirando aquel desfile que me inspiraba el desprecio de un indecoroso desnudo.

¿Pero y mi compañera? ya empezaban á pasar más distanciadas las gentes que salían del salón y entraban y salían ligeramente del guardarropa, donde todavía se encontraba ella, y ya instigado, inquieto, me acerqué á la puerta entrando tímidamente la cabeza; pero no ví á nadie, la empujé entonces resueltamente y solo hallé en la estancia dos mujeres; una que se envolvía en un pañolón puesto sobre su disfraz de maja y otra sin duda la encargada del departamento. Sentada con el respaldo de la silla y la cabeza apoyada en la pared.—Qué busca usted, me dijo incorporándose.—Busco—contesté mirando de nuevo por todos lados—un capuchón azul que entró hace rato.

—¿Un capuchón azul y antifáz del mismo color?

—Sí.

La mujer se echó á reír ruidosamente;—pues hace tiempo que salió, no se detuvo más que para ponerse sobre el que llevaba otro capuchón negro y otro antifáz igual.

La del pañolón, que se disponía á salir, la hizo coro en su risa y yo confuso y avergonzado, me apresuré á recoger y ponerme el gabán, subiéndolo al cuello, no se si de frío ó por ocultar así algo de mi individuo, que hubiera deseado esconder en su totalidad aún cuando fuese en las entrañas de la tierra; tan corrido me hallaba.

Todavía, sin embargo, al salir á la calle cuando sentí el aire frío de la mañana que me azotaba el rostro, me detuve un momento. Ya había salido hasta la última máscara y desfilaban unas detrás de otras por la acera en la que algunas, sin distinción de sexo, trazaban eses y zig-zags con los piés; y verdaderamente que de no causar asco, hubiera inspirado compasión aquel triste desfile de oropeles, deslustrado, á la luz del día, aquellos rostros abotagados, pálidos, descompuestos y

los cuerpos cansados, rendidos, próximos á caer en el suelo ó deseando tenderse en el lecho.

Yo marchaba corrido, sí; es preciso confesar que muy corrido; pero derecho y aparte de una ligera pesadez de cabeza me sentía ágil y fuerte como siempre. ¿Tenía derecho á quejarme de una derrota que me hacía victorioso? ¿Hubiera preferido entregarme á locos desmanes que me habrían llevado al repugnante estado que miraba? ¿Qué recuerdo sacar de la náusea grotesca que veía ahora frente á frente? Y sin querer, sin saber como, inconscientemente, allá en lo recondito de mi ser que dialogaba, volví mentalmente á sentir gratitud hacia la mujer que, ¿á qué negarlo? Entre confusiones de pensar volví á creer mi ángel bueno.

Discurriendo de este modo y á paso ligero, llegué á la puerta de mi casa y subí las escaleras de dos en dos.

Y otra vez me sentí agradecido á la desconocida, ahora que se acercaba el momento de ver á mi madre, cuya mirada serena y afectuosa sentiría pronto.

No tuve que llamar; la vieja criada me aguardaba impaciente;—¿Y mi madre, ha venido?—Pregunté aún cuando contaba con que tardaría en volver—Aún no—me contestó.

Poco después, luego de quitarme el desdichado esmokin y la reluciente corbata, que arrojé apresuradamente en el armario, me zambullí en la cama y en breve escucho abrir la puerta de nuestra habitación y después la de mi cuarto, seguido del paso de mi madre que llegaba; pero antes de acercarse á mi cama, abrió una de las hojas del balcón, por donde entró la mañana y acercándose entonces se inclinó sobre mí preguntándome con acento que me pareció ligeramente alterado.

—¿Te sientes bien, hijo mío?

No sé de qué modo sonó en mi oído la dulce y cariñosa voz de mi madre; no sé que recuerdo le evó á mi imaginación, que me hizo incorporar vívamente, fijando mis ojos en los suyos, que en aquel momento bajaban sus párpados blancos y suaves como las alas de una mariposa.

—¿Y tu amiga?—le pregunté con ligero acento de ironía.

—Creo que está ya curada hijo mío—y no dijo más.

Arregló en seguida cuidadosamente la almohada, subió las ropas abrigándome con ellas, compuso el embozo alisándolo con la mano y luego de poner en mi frente un largo y tierno beso y cerrar el balcón por completo, salió sin hacer ruido temiendo sin duda desvelarme.

¿Qué pensé entonces?—Nada.

Con la cabeza serena y el corazón tranquilo, me dispuse á dormir, cuando el primer rayo de sol doraba los cristales de mi balcón cerrado arrancando en ellos aristas de luz; pero antes de entregarme al sueño, bendije una vez más de todo corazón y ya sin reservas á mi Ángel Custodio.

Gracias á él ha logrado Ud. sus deseos de que fuera bello y eterno el recuerdo de su primer baile.

ANA LÓN DE BLANCO.

CRÓNICA REGIONAL

En la vida vegetativa de la Región, como oasis en líbico desierto, destácanse en el presente mes dos simpáticas notas espirituales, de cultural remembranza la una, de actualidad riente la otra, como orto esperanzado de la incipiente producción literario-local, que la REVISTA, con tenaz constancia viene sembrando desde su fundación en los abúlicos surcos de la común indiferencia, que para los extraños y aun desgraciadamente para muchos propios, es la característica de la psicología hogaño de nuestra raza, tomando por manifestación esencial del alma colectiva extremeña, lo que á nuestro parecer no es más que morboso síntoma del cansancio, que aún perdura de la colosal esteriorización mundial de los siglos XVI y XVII, en que dió á España su nota nacional y á media América su constitución européica.

¡Sursum corda!, podemos exclamar, porque aún hay en nuestra raza quien cultiva el espíritu, aún no se ha agotado nuestro intelectualismo, aún late bajo la ceniza el fuego con que nuestros ancestrales sacrificaban espiritualmente á los lares lusitánicos; y testimonios irrecusables de ello nos los ha dado el mes de Marzo, con la celebración del Centenario del nacimiento del poeta más genuinamente romántico y popular de España, ¿quién no conoce al gran Espronceda? y la publicación del cuento premiado en el último certamen de *El Liberal* de Madrid, primorosa flor nacida entre naranjos, en los amenos vergeles de Cañaveral de las Limas, y nutrida por tanto con sabia netamente extremeña y por ende rigurosamente realista y castiza, como orgullosa de su progeie hondamente nacional.

No tan sólo de pan vive el hombre; justo es, pues, que hoy consagramos nuestra crónica á estos dos verdaderos actos de presencia que la psicología extremeña hace gallardamente en la escena nacional.

*
* *

No fué José ESPRONCEDA, ni étnica, ni anímicamente un verdadero extremeño, pero trájole la providencia á la vida en tierra nuestra el 24 de Marzo de 1808, en Almendralejo; y él, espíritu cosmopolita, alma desequilibrada por la fiebre romántica de su época, secuaz infatigable en la literatura de Lord Byron, sin filiación ninguna histórica entre las diversas regiones españolas, vanaglorióse siempre de su tierra natal, cantando á nuestra egregia CAROLINA CORONADO, su conterránea, aquellos hermosos versos, que como póstumo homenaje, á ambos, al poeta ido y á la poeta felizmente aún viva, nos complacemos en reproducir aquí:

«A Carolina Coronado después de leída su composición á la Palma.

Dicen que tienes trece primaveras
y eres portento de hermosura ya,
y que en tus grandes ojos reverberas
la lumbre de los astros inmortal.

Juro á tus plantas que insensato he sido
de placer en placer corriendo en pos,
cuando *en el mismo valle hemos nacido,*
niña gentil, para adorarnos, dos.

Torrentes brota de armonía el alma;
huyamos á los bosques á cantar;
dénos la sombra tu inocente *palma,*
y reposo tu virgen *soledad.*

Más ¡ay, perdona! Virginal capullo,
cierra tu cáliz á mi loco amor;
que nacimos de un aura al mismo arrullo
para ser yo el insecto; tú la flor.»

Bien podemos, por consiguiente, llamarle nuestro y festejar su Centenario, que como obra patriótica, conmemoró el Centro Extremeño de Madrid, colocando en la casa en que aquél vivió y murió, sita en la calle de los Madrazos, una artística placa, obra genial del laureado artista extremeño, para que la gloria de esta tierra sea mayor, Aurelio Cabrera, en que campea el busto de Espronceda, guarnecido de estrelado nimbo, sostenido por un zócalo en que se destaca un episodio del *Estudiante de Salamanca*, y flanqueada la composición por las heroínas de los poemas del vate, á la izquierda, y á la derecha la verdad desnuda... pero cubierta, no como quería *Eça de Queeróz* por el manto diáfano de la fantasía, canon altamente estético, sino por la fari-saica hoja de parra, que, más parece subrrayar malicias ajenas á la pureza del arte, que ocultar impudicias, puramente subjetivas de los *escandalizados*, que obligaron á esta verdadera profanación.

Más lógicos fueron en este orden de ideas los canónigos placentinos del siglo XVIII, que cubrieron las desnudeces de las estatuas de Adán y Eva, que *in puribus naturalibus*, lo diremos en latín, para que no nos hagan poner á esta crónica el taparrabos báquico, coronaban el retablo del altar mayor, encasquetándoles amplias camisas, que hacen aparecer á nuestros primeros padres, como dos vulgares burgueses al levantarse de la cama.

*
* *

Nos falta espacio y por eso nos limitamos, por hoy, á felicitar á Emigdio Plasencia, premiado autor de *Milagro*, á que antes aludimos y al colega *Mirabal* por la publicación de su primer libro, en que recopila sus *crónicas*, de factura filigranada y exquisita, y amplio y volador *esprit*.

*
* *

Al lado de estas alegrías, tenemos en esta casa, donde la fraternidad es dogma, amarguras que llorar. La muerte, que como dijo Shakspeare, se alimenta de hombres, trucidó entre sus descarnadas encías á seres ligados á nosotros por vínculos familiares. Nuestro Publio, alma de la publicación, perdió á su hermano bien amado, el simpático Leopoldo Hurtado; Eduardo H.-Pacheco, á su virtuosa madre. A ambos les enviamos el testimonio sincerísimo de nuestra cordial condolencia.

¡Dios premie á los muertos sus bondades y conforte el afligido ánimo de los apenados!

Cálamo Corrente.

31 de Marzo, 1908.
